

LUIZA CAMPUZANO

# Dos finales para *El siglo de las luces*: de «Le roman de Sophie» al triunfo de Goya

Para Rita De Maeseneer

**D**esde su publicación en 1962, *El siglo de las luces* fue leído por parte de la crítica en relación tanto adversa como favorable con la Revolución Cubana. Quienes recordaban la tonalidad descreída, desalentada de otros textos de Alejo Carpentier de esos años –*El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *El acoso*– y, sobre todo, reparaban en la perspectiva hipercrítica desde la cual se abordaba la Revolución Francesa en las páginas de la nueva novela, no dudaban en tomarla como muestra de desencanto, cuando no de ambigüedad, ante el devenir de un proceso como el cubano. Pero quienes se atenían tanto al epígrafe con que se abría el libro: «Las palabras no caen en el vacío» (Carpentier, 1963: 9)<sup>1</sup> –el cual debía orientar toda su lectura–, como a su capítulo final –donde dos de sus protagonistas cubanos desaparecían en las calles de Madrid luchando junto

<sup>1</sup> Todas las citas de *El siglo de las luces* corresponden a la edición cubana de 1963. Solo se indicará, entre paréntesis, el número de páginas.

a su pueblo por recuperar la independencia que les habían arrebatado las tropas napoleónicas—, no dudaban en ver en ella una clara y actualizada muestra de la trascendencia y el triunfo de los ideales de libertad propugnados por los revolucionarios franceses, más allá de las traiciones y de la orientación que habían adoptado sus jefes después de Termidor.

Pasada más de una década, uno de los mejores estudiosos de Carpentier y a la vez implacabilísimo juez de su vida política, Roberto González Echevarría, subrayaba las razones por las que consideraba evidente que no existía ningún nexo entre la Revolución Cubana y la realización de modificaciones de peso en *El siglo de las luces*. Porque, en primer lugar, en relación con una supuesta postura contraria de su autor a la Revolución, era evidente que Carpentier se había incorporado a ella con el mayor entusiasmo y creciente compromiso tras su regreso a Cuba en julio de 1959, después de catorce años de residencia en Venezuela, y le demostraba una total adhesión; y, además, porque:

en obras tan intrincadamente urdidas y orgánicamente conectadas como las de Carpentier, hacer cambios mayores resultaría difícil después de cierto punto. Reescrituras totales, como en el caso de *Los pasos perdidos*, sí; pero alteraciones que modificasen significativamente la estructura de la trama, difícilmente [González Echevarría, 1993: 279].

El tema de la influencia de la Revolución Cubana en la escritura de la novela había surgido repetidamente en las múltiples entrevistas concedidas por Carpentier a lo largo de los sesenta, pero como entonces las respuestas a las

preguntas formuladas por periodistas, críticos y estudiosos se realizaban frente a frente, con lápiz y papel en manos del entrevistador —y, si acaso, una grabadora—, es comprensible que el autor no pudiera recordar fácilmente qué había respondido a cada uno de ellos, y así en más de una ocasión contradecía lo dicho anteriormente. En sentido general, daba por cierto que la había terminado «en los últimos días de diciembre de 1958» (1985: 99), o «cuando regresé a La Habana» (1985: 89). Pero también añadía que a fines del año 59 había vuelto a ella (1985: 99); que «el manuscrito [...] durmió —totalmente concluido— durante más de dos años» (1985: 233) o, lo que más se ajusta a la realidad, que la novela

fue compuesta en dos tiempos: primero todo lo relativo a la dicotomía Víctor Hugues-Esteban. Y después de prolongada pausa, debida a circunstancias ajenas a mi voluntad, proseguí con el regreso de Esteban a La Habana. Y fue en La Habana donde reescribí —porque en la versión original no acababa de gustarme— todo lo relacionado a Víctor-Sofía [1985: 171].<sup>2</sup>

Pero una inmersión detenida en el taller del escritor, en los manuscritos de la novela, sus apuntes, paratextos, la correspondencia con el traductor —recuérdese que *El siglo...* se publicó en francés antes que en español—, así como otras evidencias externas, demuestran que la novela no se terminó de escribir en 1958 sino un año después, que continuó siendo retocada, y que el final previsto por su autor, en el que trabajaba a

2 «El capítulo del rompimiento entre Sofía y Hugues, en *El siglo de las luces*, lo escribí quince veces» (Leante, 1964: 33).

finis de 1958, fue sustituido por otro inspirado por el triunfo de la Revolución Cubana.

Esto es lo que pretendo demostrar en las páginas que siguen, a partir de la documentación que aporto. Pero antes de hacerlo, debo detenerme brevemente en el azar que me llevó a iniciar esta búsqueda en el dossier genético de *El siglo...*<sup>3</sup> y en la correspondencia y otros documentos del archivo Carpentier vinculados con la novela. Eso me retrotrae a la tarde valenciana de marzo o abril de 2017 en que Jaume Peris me entregó una fotocopia de las *Actas, ponencias, documentos y testimonios del II Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura*, editadas por Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider, en las que descubrí las palabras de bienvenida que, en nombre de los escritores madrileños, el periodista y escritor español Corpus Barga les dirigiera a los participantes en el congreso. El texto de su alocución, concebido como homenaje a la resistencia del pueblo de Madrid, que había reaccionado ante la sublevación militar del 18 de julio de 1936 con una impetuosa rebeldía y una formidable cohesión, idénticas a las mostradas cuando se levantara en 1808 contra los franceses, poco a poco se encaminaba a la celebración de Goya como máxima expresión de la cultura española, como artista que –pese a su afrancesamiento– había sabido interpretar el sentido de esta rebelión y estar junto al pueblo hasta el último momento y aún después, en el cementerio de los fusilamientos, para luego traducir en sus aguafuertes el horror de tanto valor

3 El dossier genético de *El siglo de las luces*, F.2.1.4, clasificado, escaneado y descrito por el archivista Armando Raggi, consta de dos mil cuatrocientos setenta y seis folios datables entre c. 1954 y 1962, distribuidos en diecinueve carpetas.

y tanta violencia. El detonante, lo que entonces me sorprendió y me ha traído hasta estas páginas, fue la contraposición que el orador establecía, como fundamento de su argumentación, entre «el pintor de la Revolución Francesa [que] exalta a los burgueses de París disfrazándolos de romanos» y «Goya [que] coge a la España histórica, encarnada en una deliciosa duquesa de Alba, y hace de ella una mujer del pueblo de Madrid» (Barga, 1987: 68).

Hará unos cinco años escribí largamente sobre la insistencia del Carpentier de *El siglo de las luces*, en poner de relieve muy enconada y sarcásticamente, como marca de la inconsecuencia, de la incongruencia de los revolucionarios franceses, su obsesión por presentar la sociedad que aspiraban a construir sobre las ruinas de la monarquía, como «una Roma restaurada» (la frase es de Walter Benjamin, y proviene, por supuesto, de Marx, de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*).<sup>4</sup> Y es el caso que ahora volvía a encontrarme con este motivo –las «tarquinadas y licurguerías» (302), como las llamara Esteban, la voz crítica de *El siglo...*–, tan importante en la revisión carpenteriana de la Revolución Francesa, colocado explícitamente por Corpus Barga como contraparte de lo que en la novela sería la rebelión espontánea del pueblo de Madrid, que en sus páginas se teñirá de todas las gamas, imágenes y contenidos de Goya.

El cubano conoció y al parecer acompañó a este singularísimo personaje de biografía novelesca en la primera quincena de marzo de 1928, cuando fue invitado al Congreso in-

4 Ver «*El siglo de las luces*: “tarquinadas y licurguerías” en la Gran Revolución», en *Casa de las Américas*, No. 280, julio-septiembre de 2015, pp. 21-32.

ternacional de la Prensa Latina celebrado en La Habana; y, decidido ya a viajar a París, se embarca el 15 de marzo con él y otros participantes en la reunión de periodistas en el vapor *España*, utilizando la credencial de Robert Desnos, ya que, como se sabe, tenía retenida su documentación y no podía solicitar un pasaporte. A su llegada a Valencia en 1937 rencuentra a Corpus Barga, republicano de larga data, quien era uno de los organizadores del II Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura. Lo nombra varias veces en las páginas de *España bajo las bombas* –serie de crónicas sobre la Guerra de España en que también se refiere al Congreso–, donde cita *in extenso* un memorable texto suyo (Carpentier, 1976: 230-231). Muchos años después recordará a su amigo en más de una ocasión, y en su *Diario* de los años cincuenta –muy cargado de amargas reflexiones a tono con el desencanto reflejado en sus novelas de esa época, al cual me he referido al comienzo de estas páginas– se detendrá, por ejemplo, en la definición de «comunistas folklóricos» que Corpus Barga, hombre de izquierdas a toda prueba, daba a quienes en la década del treinta andaban por Madrid sin corbata, haciendo la revolución «para enseñar los pelos del pecho» (Carpentier, 2013: 75).

Pasemos, entonces, al dossier genético de *El siglo...*, donde, para comenzar, al igual que en las entrevistas –lanzadas al viento–, se observan variantes, vacilaciones y rectificaciones en cuanto a la fecha de terminación y los escenarios de escritura de la novela, paratextos a los que el autor les daba mucha fantasmiosa y a veces fetichista importancia. Así, en la última página de sucesivas versiones del texto se lee: «La Guadalupe, Venezuela, Barbados. 1956-1958»

(CM1, C. 1, p. 10),<sup>5</sup> «La Guadalupe, Venezuela, Barbados, La Habana. 1958-1959». (CM18 A1, C. 4, p. 146), «~~Iniciado en La Guadalupe, proseguido en Venezuela y Barbados terminado en Caracas, La Habana~~ 1958-1959». (CM35 C. 3 p. 7), «Caracas - 6 de Enero de 1959. // (6 y 30 de la tarde)» (CM67, C. 1, p. 239). En una portada mecanuscrita: «1959» (CM18, C. 1, p. 1), y, por último y para siempre, en la página final de la novela publicada en 1962: «La Guadalupe, Barbados, Caracas, 1956-1958» (417).

Dos primeras evidencias externas permiten pensar que la novela no se terminó de escribir en 1958, la fecha indicada por el autor. Una, bastante consistente, pero no definitiva, se basa en la dificultad de aceptar –y eso es lo que subyace en las prevenciones de buena parte de la crítica– que cualquier escritor, y en especial uno tan impaciente como Carpentier, fuera capaz de esperar más de tres años entre la conclusión de un libro –en este caso un libro muy denso y ambicioso– y su publicación. Porque será en marzo de 1962 cuando aparezca *El siglo de las luces*, en francés, y ocho meses después, a fines de noviembre del mismo año, en español. Otra evidencia mucho más concreta y sin dudas muy convincente es la proporcionada por la fecha en que Carpentier firma el contrato con Éditions Gallimard: 28 de diciembre de 1961.<sup>6</sup>

5 La clasificación general de los manuscritos y documentos de esta novela es F.2.1.4 *El siglo de las luces*. A continuación, se indican las iniciales correspondientes a Colección de Manuscritos (CM) y los números asignados a carpetas y archivos. Solo vamos a remitir a la CM, que siempre será de *El siglo...*, con indicación de la numeración correspondiente a carpetas, archivos y páginas.

6 Ver registro de contratos con editoriales, compilado por la Fundación Alejo Carpentier.

Pero, sin duda, la documentación explícita más contundente se encuentra en la correspondencia en torno al dilatado proceso de traducción de *El siglo de las luces* sostenida entre el autor y René L. Durand –quien fue siempre su traductor al francés. En general, todas las cartas de Carpentier a Durand conservadas en su papelería son extraordinarias: por la sabiduría e ingeniosidad que concentra en sus comentarios al traductor, por cómo sabe negociar con él los términos o perífrasis más adecuados para el momento histórico en que se desarrolla la acción, para los personajes, para el tono, para los objetivos que pretende lograr con tal o más cual giro... De eso ya hablaremos, porque volveremos a ellas. Pero las cartas dedicadas al trabajo de ambos con *El siglo...*, archivadas en su correspondencia –apenas cuatro–,<sup>7</sup> son escasas en comparación con las que abundantemente le escribiera a Durand en el proceso de traducción de otras novelas y de sus cuentos. Por ello también consulté los resúmenes de las cartas escritas por el autor al traductor, que uno de sus hijos entregó gentilmente a la Fundación Alejo Carpentier. Y entre ellos di con la minuta de una, fechada en La Habana el 28 de noviembre de 1959, en la que se lee: «He terminado, el viernes pasado, *El siglo de las luces*». Y es, efectivamente, a partir de mediado el año siguiente, 1960, y hasta fines de 1961, que se extienden el envío de los materiales para traducir y la devolución de los traducidos, con los correspondientes comentarios, adiciones, nuevos cambios y aclaraciones del autor.

Vuelvo, de inmediato, al dossier genético de *El siglo de las luces*, y a un documento fundamental

7 Correspondencia con René L. Durand, Fundación Alejo Carpentier, Colección de Manuscritos, F.3.2.

para mi argumentación, sin duda milagrosamente salvado del severo escrutinio al que fuera sometida su papelería. Se trata de una copia del borrador de siete páginas, escrito en francés y mecanografiado a un solo espacio, de lo que a todas luces fuera un proyecto editorial (CM3 A1)<sup>8</sup> destinado por Carpentier casi seguramente a las Éditions Gallimard. Carece de fecha y lo más probable es que no se concretara en un texto final, ni se enviara al editor. Podría datarse, quizá, en torno a la primavera de 1958.

«TITRE (*provisoire*) - EL SIGLO DE LAS LUCES. (Le Siecle des Lumieres)» (1). El término «provisional» empleado en el encabezamiento de este texto podría leerse no solo como relativo a la mutable condición que el autor otorga al título de la novela –el cual, al parecer, había sido tempranamente adoptado por él–, sino también a su propio documento, ya que desde el principio se observa la falta de revisión y corrección –en este caso faltan las tildes– que se mantendrá a todo lo largo del texto, la cual evidencia su condición de inacabado.<sup>9</sup>

Se inicia con el amplio desarrollo de un primer acápite: la «IDEE CENTRALE», que por su jerarquía temática merece la mayor atención. Esta «Idea central» de la novela consistiría en presentar como una obsesión recurrente en la historia de la humanidad lo que llama el «complejo de la Tierra Prometida», la búsqueda de un mundo mejor... a cualquier precio:

8 Todas las referencias al documento o citas del mismo corresponden a esta clasificación. En cada caso, solo se colocará la página entre paréntesis.

9 En las partes que se citarán en francés se conserva la ortografía y puntuación originales, las cuales permiten comprobar que se trata de un borrador sin corregir.

*L'homme moderne a senti le besoin de croire que, quelque part, existait un pays parfait <meilleur>, projeté vers l'avenir, ou naissait une société nouvelle —plus juste, plus heureuse, plus humaine, que les sociétés actuelles. Ce besoin moral l'a conduit a vouloir remplacer le «sacré» par le culte de la politique. Il a cru voir une aurora là ou il n'y avait qu'un incendie* [El hombre moderno ha sentido la necesidad de creer que, en algún lugar, existía un país perfecto <mejor>, proyectado hacia el porvenir, donde nacía una sociedad nueva —más justa, más feliz, más humana, que las sociedades actuales. Esta necesidad moral lo ha conducido a querer remplazar lo «sagrado» por el culto de la política. Ha creído ver una aurora donde solo había un incendio. 1].<sup>10</sup>

La Revolución rusa —continúa— lo fue, y lo sigue siendo para muchos, pese a lo que ya se conocía de los crímenes de Stalin y lo presentado en el informe de Jruschov. Pero esta no es la primera vez que sucede: «*La France a joué pour beaucoup, a XVIII<sup>o</sup> Siecle, le role de “Terre promise” attribué a la Russie au XX<sup>o</sup> Siecle*» («Francia desempeñó para muchos, en el siglo XVIII, el papel de “Tierra Prometida” atribuido Rusia en el siglo XX», 1).<sup>11</sup> Las ideas de la Revolución Francesa también se expandieron por el mundo, y millares de seres humanos fueron sacrificados a su mito.<sup>12</sup> Así pues,

10 En todos los casos la traducción es de la autora.

11 En las páginas siguientes, suele hacer —al margen de su descripción de los contenidos de la novela— comparaciones entre lo que sucede durante la Revolución Francesa y lo acaecido en la Unión Soviética.

12 Ver la nota «para franceses», colocada al pie de esta larga introducción: «Notez que je ne nie pas les apports veritables de la Rev. Fr. mais les applications fausses

la idea central del texto sería la de demostrar el riesgo permanente y la inutilidad de asumir esta persistente utopía política que en su realización práctica ha costado muchas vidas.

En más de una ocasión aparece en la novela, en momentos decisivos, este espejismo de la «Tierra Prometida»: una «Tierra de Promisión [...] movediza y evanescente» (296). Al final del capítulo primero, cuando Esteban y Víctor parten de Saint-Domingue rumbo a Francia: «[h]acia el Oriente se erguía, enhiesta y magnífica, vislumbrada por los ojos del entendimiento, la Columna de Fuego que guía todas las marchas hacia la Tierra Prometida» (108). En las páginas finales del capítulo IV y frente a las Bocas del Dragón, Esteban pensaba, acodado en la borda del Amazon [...] en el persistente mito de la Tierra de Promisión. Según el color de los siglos, cambiaba el mito de carácter, respondiendo a siempre renovadas apetencias, pero era siempre el mismo: había, debía haber, era necesario que hubiese en el tiempo presente —en cualquier tiempo presente— un Mundo Mejor (296).

Hacia un Mundo Mejor había marchado Esteban, «y regresaba ahora de lo inalcanzado con un cansancio enorme» (297). Tan enorme que, ya en La Habana, al terminar el relato de sus andanzas, de recordar todo lo visto y vivido, de los miles de muertos que no quería olvidar, decía a sus primos: «Cuidémonos de las palabras hermosas; de los Mundos Mejores creados por las palabras. Nuestra época sucumbe por un exceso de palabras. No hay más Tierra

---

qu'on reçut certains des ses principes hors de la France» [«Nótese que no niego los verdaderos aportes de la Rev. Fr. sino las falsas aplicaciones que han recibido algunos de sus principios fuera de Francia» (1, n.1)].

Prometida que la que el hombre puede encontrar en sí mismo» (313).

El segundo acápite, titulado «LE PERSONNAGE», se ocupa únicamente del histórico Víctor Hugues, ya de sobras conocido, pero entonces, al parecer, no recordado ni estudiado en Francia, por lo que el autor insiste en indicar, a cada paso, en los párrafos que dedica a trazar su biografía y su trayectoria política, que todo lo que afirma está documentado (1-2).

El tercer apartado corresponde a lo que llama «TON DU ROMAN», y es, sin duda, el que más evidencia la condición de proyecto editorial del texto que comentamos. Comienza asegurando que «es lo menos posible una “novela histórica” [...], escrita como si los acontecimientos se desarrollaran hoy [...]»; un «libro muy poco “intelectual”. Sin citas»; que «no tiene nada en común con “El reino de este mundo”. Todo paralelismo ha sido cuidadosamente evitado»; y anuncia sus dimensiones: «cerca de 400 páginas» (2).

El cuarto acápite, «L’ACTION» (2-7), se desglosa en cinco partes que en líneas generales, pero bastante detalladamente, resumen el contenido de la novela,<sup>13</sup> y hasta la cuarta parte inclusive, coinciden en buena medida con el texto publicado.

La primera parte (2-4) se corresponde con el Capítulo I de la novela édita, o sea, trata de los hechos y costumbres de los hermanos Carlos, Sofía y Esteban –subrayo hermanos–; la llegada de Víctor Hugues; y la vida de los cuatro en La

Habana. El francés les habla de las nuevas ideas políticas, y los jóvenes se muestran muy entusiasmados con ellas. «El lector *siente* que pasa algo extraño entre Sofía y Víctor». Este acepta ocuparse de la administración del comercio familiar, para lo que debe cerrar sus negocios en Port-au-Prince, adonde viaja en compañía de Esteban. Al presenciar la rebelión de los esclavos y descubrir que han quemado su establecimiento, ambos se embarcan rumbo a Francia. En esta versión no aparece Ogé –es Víctor quien cura a Esteban de su ataque de asma–, y no pasan por Santiago de Cuba. Una raya transversal, en medio de la cual se lee JUSQU’ICI LE ROMAN EST ECRIT, separa esta parte de la segunda.

La temática de esta (4-6) coincide, en general, con el contenido del Capítulo II, pero la cronología de los acontecimientos narrados no es la misma. Comienza en La Rochelle, donde Esteban reconstruye lo vivido con anterioridad en París y Bayona: su tránsito del entusiasmo al mayor desencanto. Víctor viaja a la Guadalupe con el decreto de abolición de la esclavitud. Esteban acepta acompañarlo para desde allí huir a La Habana. El resto se reduce a la descripción de la trasmutación de Víctor en el «Robespierre des Iles» y de su régimen de guillotina y terror. Formada la flota corsaria para combatir a los ingleses, Esteban acepta subir a bordo como escribano, siempre con la idea de escapar.

El enunciado de la tercera parte (6) presenta una novedad. Va acompañado de un subtítulo: «Symphonie des Caraïbes». Y es que en ella se desarrolla, dentro del plan general de la novela, uno de los escenarios que Carpentier intentaba novelar por entonces; el cual, junto al material elaborado a partir de personajes, costumbres y escenarios basados en la familia Loynaz –ya

13 Es interesante señalar que en los resúmenes del contenido de las diferentes secciones suele haber –como ya señalé– comparaciones explícitas entre lo que sucede en el tiempo narrado: Revolución Francesa, y lo acaecido en el tiempo presente: la Rusia Soviética.

desarrollados en su novela inconclusa de los cuarenta, *El clan disperso*, y retomados para la primera formulación del inicio de esta obra—,<sup>14</sup> encontrarán, con el descubrimiento providencial de la figura de Víctor Hugues, la cohesión necesaria para reunirlos y engarzar los tres en la estructura de *El siglo...* Esta parte, que coincide en general con el Capítulo III, tiene a Esteban como protagonista tanto en su descubrimiento del Caribe: sus mares, sus islas, su naturaleza, como en el disfrute casi infantil de sus aventuras de corsario. Termina con el traslado de Víctor a Cayena, adonde lo acompaña Esteban, nuevamente con la esperanza de huir, en esta ocasión a Paramaribo.

La cuarta parte (6-7) condensa el contenido principal del Capítulo IV de la novela. Víctor Hugues, nuevo gobernador general, ha adoptado la ideología conservadora y colonial de Termidor, restablece la esclavitud y reprime cruelmente a los negros. El autor se ocupa de subrayar la presencia de los deportados políticos, viejos revolucionarios de la Convención Nacional, y el aspecto de campo de concentración que presenta Cayena. Esteban logra pasar a Paramaribo, donde se embarca en un velero americano.

La continuación de esta cuarta parte corresponde en la novela al principio del Capítulo V. A su llegada a La Habana, Esteban descubre que Sofía y Carlos, sus hermanos, son unos jacobinos tropicales, a los que la narración de sus experiencias no puede convencerlos de su error. Ante su propia situación, llega a la conclusión de que lo que le corresponde será ocuparse del

negocio familiar. Carlos muere por defender sus ideas.

La comparación del contenido descrito en el proyecto inicial y el de la novela edita permite reconocer que ya tanto en él como en tres cuartas partes de esta —de la página 13 a la 317 de la edición cubana de 1963, de 417 páginas— se presentaban la misma organización temática, idénticos escenarios, personajes, y que la diferencia fundamental entre ambos —muy significativa en lo concerniente al desarrollo ulterior de *El siglo...*— residía en el hecho de que Sofía, Esteban y Carlos eran hermanos. La degradación y el envilecimiento de la trayectoria política de Víctor Hugues, y los sucesivos cambios de rumbo de la Revolución Francesa, a la cual él representaba en el espacio antillano y cuya política colonial ejecutaba —lo que se presenta como concreción de la «idea central» de este proyecto—, aparece como tal en la novela: es en esencia e intencionalidad la misma. Pero hacia el final de la cuarta parte el rumbo cambia: Esteban, tan importante y significativo en la versión definitiva, desaparece de la escena, al igual que Carlos.

Pasemos entonces a la quinta y última parte del proyecto editorial —que cito de inmediato *in extenso*—, donde culminaría el desarrollo de la «idea central» y de esta versión de *El siglo...*, que en la novela edita será totalmente distinta.

### CINQUIEME PARTIE

#### Le roman de Sophie

*Nous saurons maintenant que Sophie a été la maîtresse de V. Hugues, et que cet homme l'a marquée pour la vie. Mariée pendant l'absence d'Esteban, elle est demeurée frigide à son mari, regrettant toujours de n'avoir pas fait*

14 Ver supra, «Hacia los protagonistas, escenarios y motivos habaneros de *El siglo de las luces*», en *Casa de las Américas*, No. 270, enero-marzo de 2013, pp. 22-32.



*don d'elle-meme plus inte<n>senment, plus passionnement —elle était alors jeune fille— a V Hugues. Son mari meurt. Elle disparaît. // Elle va rejoindre a Cayenne un Victor Hughes retiré de la politique a qui Fouché (historique), a la suite de ses intrigues avec les Russes qui occupaient Paris en 1815 (hist.) a rendu ses immenses possessions a la Guyane. Il est devenu un cultivateur aigri, desabusé, sceptique, qui n'a plus foi en rien. Sophie le trouve vetu toujours, para dérision (historique), avec <de> l'uniforme de Commissaire Civil. Atteint d'une étrange mystérieuse et incurable maladie (hist.) il avance vers la mort avec une froideur qui a beaucoup de défi. Ce n'est pas un amant que retrouve Sophie, mais un Damné. // La femme passionnée se transforme alors en la Mère qu'elle n'a jamais été... Et le roman se terminera dans l'atmosphère de son enorme <immense> pitié vers l'homme qui s'est cru autorisé a disposer de la vie humaine au nom d'une Liberté abstraite... Elle lui fermera les yeux en 1820, et se trouvera seule devant l'Océan [Sabremos ahora que Sofia ha sido la amante de V. Hugues, y que este hombre la ha marcado para toda su vida. Casada durante la ausencia de Esteban, se ha mantenido frígida con su marido, y lamenta constantemente no habersele entregado aún más intensamente, más apasionadamente —era entonces una jovencita— a V. Hugues. Su marido muere. Ella desaparece. // Va a reunirse en Cayena con un Víctor Hugues retirado de la política a quien Fouché (histórico), como resultado de sus intrigas con los rusos que ocupaban París en 1815 (histórico) le ha entregado sus inmensas posesiones de la*

Guyana. Se convierte en un cultivador áspero, desengañado, escéptico, que no tiene fe en nada. Sofia lo encuentra siempre vestido, para escarnio (histórico), con el uniforme de Comisario Civil. Atacado por una enfermedad misteriosa e incurable (hist.) avanza hacia la muerte con una frialdad que tiene mucho de desafío. Sofia no encuentra a un amante, sino a un Condenado. // Entonces la mujer apasionada se transforma en la Madre que nunca ha sido... Y la novela se terminará en la atmósfera de su inmensa piedad hacia el hombre que se creyó autorizado a disponer de la vida humana en nombre de una Libertad abstracta... Ella le cerrará los ojos en 1820 y se encontrará sola frente al océano. 7].

En realidad no sabemos si «Le roman de Sophie» quedó meramente como proyecto, y a ello se debe que solo haya unas pocas huellas de lo que, como pensamos, apenas existió. O si el autor o su viuda decidieron no dejar evidencias que desmintieran las afirmaciones del escritor, en este caso, de que ya había terminado su novela cuando regresaron a La Habana. Sin embargo, algunos apuntes, revisiones de capítulos anteriores que se van a conservar en la versión definitiva, así como el proyecto de rescritura de la llamada cuarta parte, posterior al regreso de Esteban a La Habana, nos permiten vislumbrar distintos momentos de elaboración que podrían haber conducido al menos a un inicio de «Le roman de Sophie». Comencemos por esta reorganización del tránsito de la cuarta parte del proyecto a la quinta. Para ello reproduzco íntegramente una nota de trabajo fechada un 24 de abril, con toda seguridad de 1958, como se comprobará más adelante:

CM34, A1, p. 5-6

El S de las Luces 24 abril, p. 1)

IV parte. **Sofía** – Esteban la encuentra aturdiéndose a sí misma –revolucionando– víctima de ese proceso de «inassouvissement»<sup>15</sup> sexual y sentimental que lleva la mujer hecha a fomentar asociaciones, conspirar, mover grupos. Había dejado sus graciosos vestidos de antaño para llevar ropas austeras, se afeaba con peinados impropios, algo azafata, algo monacal, pero ocultando un cuerpo soberbio, maduro, montado en hermosas caderas, ansioso de abrazos... Esteban observa que ella cultiva en él el hábito de hablar de los horrores de Víctor, del «canalla» Víctor, del «guillotinator» Víctor. (Ella usa esos términos para incitarlo, para que le hablen de Víctor...[[En eso se enferma su marido el tendero ¿? y puede haber una acción diabólica concertada con Rosaura para acelerar su muerte]] – Cumple Sofía de manera espléndida con el duelo, el entierro, las ceremonias del luto –erguida, distante, magnífica– Y un buen día desaparece. [[No tiene Sofía por qué haber contribuido a la muerte del marido. – Mejor: Esposa ejemplar, esposa sublime, capaz de un dénouement<sup>16</sup> ejemplar, pero asistiendo, con júbilo interno a la lenta muerte del marido. – Hace la promesa íntima, incluso, de enclaustrarse <renunciar> a todo por que el marido se salve. – Pero ante un Dios que no atiende a su sacrificio, se

2)

siente entregada por alguna fuerza a Víctor y ya no resiste]] Esteban descubre que ha com-

15 «insaciabilidad».

16 «desenlace».

prado camisas magníficas, medias –recordar la película inglesa de las medias rojas en medio de los lutos– que amontona en ocultos baúles, preparando el viaje – Esteban descubre todo eso en el desván de los trajes (Primera parte) y estalla la escena entre los dos hermanos – Ella le confiesa todo – Él llega a tratarla de puta – Pero no puede evitar que se escape –con Rosaura – ya vieja –

Llega después la policía que ha aventado la conspiración – Esteban, haciendo valer sus antecedentes –Sofía estaría todavía en el puerto a bordo de The Arrow envejecido– se declarará culpable de todo. Es juzgado y enviado a Ceuta. Mucho más lógico.

?

De hecho, como sabemos –a pesar del dubitativo signo de interrogación doblemente subrayado con que se cierra la nota–, por aquí se enrumbará la trama en la versión definitiva: Sofía viajará hacia Víctor, y Esteban será llevado prisionero a Ceuta. Pero, como se lee en el penúltimo párrafo de este esquema de trabajo, todavía Esteban es hermano de Sofía, lo que significa que aún se está lejos no solo del final madrileño, sino del importante subcapítulo XXXVII, escenificado en la navidad y año nuevo de cambio de siglo en el cafetal de la familia del marido de Sofía, donde Esteban le declara a ella su amor, y que es, por tanto, preparatorio, anticipativo, punto de giro y base del capítulo final que conocemos, con su motivo romántico, wertheriano...

Tres meses después, en otra nota de trabajo en la que retoma el desarrollo y la continuidad del personaje de Esteban, y ya se esboza el interrogatorio de quienes lo apresarán para enviarlo posteriormente a Ceuta –que recorto, porque no

es necesario reproducirlo *in extenso*—, él todavía sigue siendo hermano de Carlos y Sofía:

CM34 A1 p. 14

11 de Agosto – 1958 – Siglo

Acentuar en Esteban el sistema de contradicciones. Está contra todo lo que ama profundamente, por no dejarse vencer por lo que ama – [...] Cuando regresa a La Habana y se encuentra totalmente desvinculado de sus hermanos, se sacrifica, sin embargo, por defenderlos – Juicio

– ¿Introdujo Vd. la masonería en esta isla?

– Sí.

– ¿Cree en ella?

– Sí.

[...]

Se condena él mismo al Presidio de Ceuta.

Como decíamos, en el dossier genético de *El siglo...* apenas se conservan manuscritos o apuntes que permitan imaginar el desarrollo literario de esta «novela de Sofía». Citaré los que he encontrado, notas menores, apresuradas, por ello seguramente escapadas del descarte, y que en realidad poco aportan:

CM34, p. 16

16 Agosto:<sup>17</sup>

Resolver el final –acelerándolo– por recurrencias y [ilegible]

Es Sofía quien asiste al 2º regreso de V.H. Halla hermosísimo –Tierra Firme– el paisaje de Cayena.

[...]

17 Seguramente de 1958.

(Conoce –acaso– a Billaud – Se siente reina en Cayena) – Para ella todo es novedad, acción, integración a la Historia– Los vencidos –ver Billaud– le parecen gigantes – etc.

CM92, archivo 1, p. 48

Sofía: «Ah, ce que la R.F. a fait de mal dans le monde!».<sup>18</sup>

(Final) –

«Il rest a savoir (contempla el mundo de 1820) si elle a fait du bien quelque part!».<sup>19</sup>

Es de suponer que, de haberse escrito, tal vez habrían pasado de «Le roman de Sophie» a sucesivos borradores del penúltimo capítulo de la versión final, otros pasajes mucho más elaborados, relativos a su viaje y llegada a Cayena, a la ilusión de una nueva casa, a los primeros tiempos de convivencia con Víctor... Porque los que dan cuenta de los repetidos y crecientes disgustos de la pareja; del descubrimiento paulatino por parte de ella de su traición a los viejos ideales; de la burla que él hacía de la fidelidad de Sofía a sus principios; del gusto con que el Jefe Militar se entregaba a desempeñar empresas despreciables y crueles; del desencanto, la aversión, el asco y la ruptura definitiva, violenta, que al fin le permitiría a ella salvar sus ideas y volver a ser dueña de su propio cuerpo; esos solo estarán, se escribirán cuando el autor cambie el rumbo de su novela y la encamine hacia un nuevo, distinto final.<sup>20</sup>

18 «Ah, cuánto mal ha hecho la R. F. en el mundo».

19 «Falta saber (contempla el mundo de 1820) si ha hecho algo bueno en algún lugar».

20 Ver *supra* p. 25: «fue en La Habana donde rescribí –porque en la versión original no acababa de gustarme– todo lo relacionado a Víctor-Sofía», y nota 2.

Así pues, dejemos «Le roman de Sophie» y veamos cómo todo lo que se había escrito comienza a ser revisado, adaptado, preparado para un nuevo final, un final en el que, por una parte, ya Sofía y Esteban no serán más hermanos, sino primos; y en el que Goya, los epígrafes tomados de los títulos de sus aguafuertes, comienzan súbitamente a aparecer donde no habían estado antes. Ello nos permitirá validar nuestra hipótesis de que la novela no solo se revisó después de 1959, sino que su nuevo final se escribió, inspirado por el triunfo de la Revolución, en los meses que van de enero a noviembre de 1959, fecha en la cual el autor confesó a su traductor haberla terminado de escribir en La Habana.

Por supuesto, la corrección fundamental, que se presenta desde el principio de los mecanuscritos ya casi limpios hasta muy desarrollada la trama, es la que tiene por objeto cambiar la condición familiar de Esteban, que pasa de hijo a sobrino<sup>21</sup> y de hermano a primo. Y, consecuentemente, también se modifica la relación familiar de los dos hermanos con respecto a Esteban, y la denominación que les da el narrador cuando va a referirse a los tres: «los jóvenes», «los niños»: «Los **hermanos** <jóvenes> abrieron la puerta que daba a la

casa aldeaña[...]» (CM35-36, archivo 8, 20); «Transcurrió el año de luto y se entró en el año del medio luto sin que los **hermanos** <jóvenes>, cada vez más apegados a sus nuevas costumbres [...]» (Ibíd., 33); «Y estaban los **hermanos** <“los niños” > reunidos entre las cajas y envoltorios del Salón [...]» (Ibíd., 35).

Esteban será el enfermo, el joven, el primo, o solo Esteban: «Pronto los dedos soltaron el hierro, resbalando a lo largo de los barrotes, y llevado en descendimiento de cruz por **sus** <los> hermanos, Esteban se desplomó en una butaca de mimbre [...]» (CM35-36, archivo 8, 13); “Fue el <bendito> incienso” –dijo Sofía, olfateando las ropas negras que Esteban había dejado en una silla. “Cuando vi que empezaba a ahogarse en la iglesia...” Pero al recordar que el incienso cuyo humo no podía soportar el **hermano** <el enfermo> había sido quemado en **lo**<a>s solemnes **exequias** <funerales> del padre [...]» (Ibíd., 14).

En el subcapítulo II, cuando se presentan por primera vez los cuadros que «dignificaban» las descuidadas paredes de la mansión, y se llega al preferido por Esteban, *Explosión en una catedral*, que tanta importancia tendrá en la construcción de la novela, el narrador se ve precisado a abrir un paréntesis para reproducir la reacción de Sofía, cuyo cambio de relación familiar se expresa a mano y en tinta roja sobre el mecanuscrito: «No sé cómo puedes mirar eso –decía su **hermana** <prima>, extrañamente fascinada en realidad por ese terremoto estático, tumulto silencioso, ilustración del fin de los tiempos» (CM35-36, archivo 8, 18).

Igual procedimiento encontramos al inicio del subcapítulo III, en el cual se cambia, también con tinta roja, el vínculo familiar entre Sofía y Esteban:

21 La conversión de hijo en sobrino –que en el mecanuscrito es apenas una sustitución (CM35-36, archivo 8, 20)– servirá, en el texto definitivo, para marcar aún más la severidad del padre distante y despótico: «De Esteban se preocupaba muy poco; aquel sobrino endeble [...]»; «irritaban al comerciante los hombres faltos de salud»; «Se asomaba a veces al cuarto del doliente»; «después de añorar la Roca Tarpeya [...] evocaba la figura de tullidos ilustres»; «rezongando [...] excusas por no poder gastar más tiempo en el cuidado de quienes permanecían confinados por sus males» (26).

Sintiéndose rondada por las monjas que la instaban –tenazmente, pero sin prisa, suavemente pero con reiteración– a que se hiciera una sierva del Señor, Sofía reaccionaba ante sus propias dudas, extremándose en servir de madre a ~~su hermano~~ <Esteban>. <sup>22</sup> La enfermedad de <|> ~~Esteban~~ <joven> la ayudaba en su instintiva resistencia a retirarse del mundo, erigiendo su presencia en una necesidad [CM35-36, archivo 8, 25].

Nos movemos del Capítulo 1 al Capítulo 4 y encontramos las mismas mutaciones. Así, cuando regresa, «“¡Tú!” –decía Esteban, asombrado, estupefacto ante la mujer que ahora abrazaba, [...] tan diferente de aquella que hubiese sido demasiado madre-joven para ser ~~hermana~~ <una prima>, demasiado niña para ser mujer [...]» (CM18 Archivo 4, 2). «Y de pronto, recordando que tenía un ~~hermano~~ <primo>, preguntó por Carlos» (Ibíd., 6). Y poco más adelante:

Si extraño –forastero– se había sentido Esteban al entrar nuevamente en su casa, más extraño –más forastero aún– se sentía ante la ~~hermana~~ <mujer> ~~aburguesada~~, ~~demasiado~~ <harto> reina y señora de ~~aquella~~ <esa misma> casa

22 En la versión édita se intercala, entre este primer período y el segundo, lo que sigue: «–madre tan posesionada de su nuevo oficio que no vacilaba en desnudarlo y darle baños de esponja cuando era incapaz de hacerlo por sí mismo». Y el segundo también se amplía. Pero si en el primero el nuevo desarrollo servía para reforzar la relación materno-filial, en este caso se trata de subrayar el sentimiento fraternal de Sofía hacia su primo, lo que influirá en su futura incapacidad de corresponder a su amor: «La enfermedad *de quien había mirado siempre como un hermano* la ayudaba [...].», que prepara para el desarrollo final (30, énfasis de la autora).

donde todo, para su gusto, estaba demasiado bien arreglado, demasiado limpio, demasiado resguardado contra golpes y daños [Ibíd., 8].

Ya de camino a Goya –camino, por lo demás, paralelo al de cambio de parentesco, pues la inclusión de los epígrafes o la sustitución de relaciones de familia se presentan a veces en las mismas páginas–, debemos volver a las cartas que Carpentier le enviara a su traductor. Como se verá de inmediato, son interesantísimas por todo lo que transmiten acerca de cómo el novelista se va apropiando del mundo representado, los colores, objetos, personajes del pintor para la construcción del nuevo final de la novela. Y de qué modo se preocupa para que en francés todo esto resulte identificable. Las amplias, desbordadas referencias y ejemplificaciones del madrileñismo de Goya y de los *Desastres de la Guerra* hablan por sí solas, trasmitiendo el entusiasmo con que el autor se adueña del escenario, el tiempo, el tema que, por fin, ha conquistado para terminar su novela y darle un nuevo sentido a la historia, a su historia, a la renovada novela que cerraba su parábola con «El pueblo entero de Madrid [...] arrojado a las calles [...] sin que nadie se hubiese valido de proclamas impresas ni de artificios de oratoria para provocarlo. La elocuencia, aquí estaba en los gestos [...] en el irrefrenable impulso de esa marcha colectiva» (414).

Veamos dos ejemplos de esta correspondencia. En una carta fechada en La Habana el 12 de marzo de 1961, resumida por uno de los hijos de Durand, le explica a su traductor el sentido del texto que debe trasladar al francés:

P. 535 - Aquí juego con Goya. «Los estragos de la guerra». En francés «Les Desastres de

la Guerre». La imagen es esta: El farol «solitariamente llevado por toda la ciudad» es el de alguna viuda de una presunta víctima. Pienso en los «faroles» llevados («tímidos») buscando un rostro conocido entre los semblantes de los muertos. (Hay una estampa de Goya que muestra una anciana, con el rostro cubierto por un velo, que así busca un cadáver entre los cadáveres, con un farol en la mano).

En otra posterior, de 4 de octubre de 1961, al remitirle su minuciosa revisión de lo ya traducido, le pide algo más goyesco, más madrileño: «426 - Misma línea, joyeux drilles (gente divertida) no es traducción de majos y chisperos. Aquí evoco, con toda intención (preparando ya el final) el mundo de personajes de Goya. Busque algo que evoque Madrid, la Feria de San Isidro... Algo emparentado con el mundo del pintor» (5). Y lo tremendamente impactante es que esta «preparación del final» aparece, tanto en la novela editada, como en el manuscrito que ha recibido Durand, en el Capítulo V, cuando Esteban muerto de aburrimiento y desesperado por su triste destino de administrador del negocio familiar, visita de vez en cuando el Teatro del Coliseo, «donde una compañía española animaba, en compás de tonadilla, un mundo de majos y chisperos, evocador del Madrid, cuyos caminos le hubiesen sido cerrados por la guerra...» (318).

Llegamos, pues, a nuestro encuentro con Goya y los epígrafes tomados de los títulos de sus aguafuertes, pero no desde las diversas perspectivas en que han sido ampliamente estudiados por Gabriel Saad, Bernardo Subercaseaux, Linda Hutcheon o Graziella Pogolotti –entre otros muchos críticos–, sino como testimonio, prueba al canto de que para dotar a la novela de otro final

totalmente distinto del que había imaginado al principio, un final de pueblo en acción, en la calle, en las trincheras, como el que él y su mujer se habían encontrado en La Habana de 1959, tenía que volver a un inicio que no iba a rescribir, porque no le hacía falta, ya que aquella lejana contraposición de 1937 que estableciera Corpus Barga –tío, ya es el momento de decirlo, de Ramón Gómez de la Serna, uno de los grandes estudiosos de Goya– entre la Revolución Francesa con sus disfraces, proclamas y oradores, y la rebelión irrefrenable y espontánea del pueblo de Madrid, era perfectamente novelable y, lo más importante, conciliable con el nuevo horizonte político que se alzaba ante él, borrando todas las dudas y angustias presentes no solo en su *Diario* de los años cincuenta, sino también en casi todos sus textos de esa década. Lo que tenía que hacer era remover a Goya de la página en que no tenía que estar, e introducirlo en muchas otras, a veces con apuro, sin pensarlo dos veces, otras más cuidadosamente, como flechas que indicaran el camino, el rumbo definitivo de su trama.

Así, en un mecanuscrito del subcapítulo II (CM 35-35, archivo 8), cuando el narrador refiere el deterioro de la mansión: «faltaban baldosas en el patio; [...] entraban los lodos de la calle al recibidor; [...] no corría el agua por la fuente [...]» (16), repara en que no todo está perdido: «Algunos cuadros, sin embargo, dignificaban los testeros ensombrecidos por manchas de humedad [...]» (16-17). Y entonces comienza a describirlos, deteniéndose en lo que más le interesaba a cada uno de los jóvenes. Carlos, por ejemplo, estaba hastiado de «los artistas de comienzos de este siglo [ya que] habían abusado de la figura del arlequín por el mero placer de jugar con los colores. Prefería unos “Horrores de la Guerra”

que al menos contaban historias reales, hacían aborrecer la violencia». Y Esteban, por su parte, «gustaba de lo imaginario, de lo fantástico, soñando despierto ante “Caprichos” a la moda del día que mostraban criaturas volantes, caballos espectrales, perspectivas imposibles [...]». Pero el autor, provisto de un bolígrafo de tinta roja, va a corregir drásticamente estos gustos. Serán tachados los «Horrores de la Guerra» y sustituidos por «unas escenas realistas de siegas y vendimias»; al igual que los «Caprichos» que interesaban a Esteban, solo que estos serán suplantados por «pinturas de autores recientes» que seguirán mostrando «criaturas volantes, caballos espectrales, perspectivas imposibles [...]» (17).

Tal vez lo más sorprendente en este acercamiento a las últimas etapas del proceso de creación de *El siglo de las luces*, sea la súbita inclusión de los títulos de trece grabados de Goya como epígrafes que el autor escribe a mano y con tinta a la cabeza de capítulos o subcapítulos mecanografiados, algunos en versión casi final. Tan repentina, tan espontánea, tan imprevista parece esta decisión, que a veces coloca dos o tres títulos, para quedarse finalmente con uno, o para renunciar a él. Así, en la misma página escribe, a mano y con tinta: «No hay que dar voces» y «Siempre sucede» (CM 35-36, archivo 8, 20), para finalmente tachar el primero y dejar el último, que tendrá gran significación –a mi modesto entender, aún no explorada. Y es que si bien «Siempre sucede» va a introducir el capítulo IV, en el que Víctor Hugues se presenta en la mansión de los jóvenes habaneros para sembrar en ellos las ideas de la Revolución Francesa, para hablarles, como *siempre sucede*, de un Mundo Mejor, de una Tierra Prometida; «Así sucedió», evidente eco del anterior, pero con toda otra significación, concreta,

perfecta, terminada, en su sentido temporal, será el epígrafe que introduzca, no a principio de capítulo o subcapítulo, como en los demás casos, sino a mediación del texto de la última parte de la novela, la cuidadosa y documentadísima narración por Carlos del final, *heroico* final –y sí, corresponde en este caso usar este abusado adjetivo– de la novela y de sus protagonistas habaneros, guiados, como el pueblo madrileño que los ha convocado, más que por ideas, por voluntad de acción, de reacción, de rebelión.

Pero, sin duda, algo muy osado, interesante y productivo en este campo de paratextos, por cuanto verifica el cambio de rumbo de la novela, es la sustitución de un pasaje testimonial de Goethe, tomado de su vivida, experimentada, sufrida *Campaña de Francia y cerco de Maguncia*: «...me había sido asignada la extraña suerte de recorrer diversos grados de pruebas, de sufrimientos y de actividad, en tal forma que, perseverando en ser la misma persona, me había convertido en un hombre muy distinto...», con el que a manera de epígrafe se introducía el capítulo V, aquel en que Esteban, decepcionado de todo, llega a La Habana, por este título de Goya que más que nada significa su manera de actuar contradictoriamente: «Con razón o sin ella» (CM 67, archivo 1, 107), ya señalada por Carpentier en un apunte antes citado.<sup>23</sup>

Llegados al término de este viaje de lo que habría sido «Le roman de Sophie» al Capítulo VII de *El siglo de las luces*, se impone recordar brevemente que para darle el mayor realce al «triumfo de Goya» (Pogolotti, 2005: 42), Carpentier se valió

23 Ver *supra* p. 34, la nota manuscrita del 11 de agosto de 1958 en que Carpentier se refiere al «sistema de contradicciones de Esteban».

también, en ese juego de intertextos que le dan a su obra la densidad cultural que la caracteriza, de toda la tradición de la picaresca, fuente inagotable de la narrativa española; de los bufos madrileños y el mundo zarzuelero de la villa y corte; de la música popular y los palos del flamenco; del repertorio de estampas y textos de «tipos y costumbres»; de la *Vida*, de Torres de Villarroel –otro nexo entre el Capítulo V y el final, entre el dolor de Esteban traicionado y su rencuentro y convivencia con Sofía–; de *El dos de mayo*, de Pérez Galdós –como lo atestigua el muy modesto ejemplar de esta novela que se conserva en su biblioteca–,<sup>24</sup> novela que seguramente había leído mucho antes, pero que ahora había vuelto a comprar, leer y marcar –se trata de una edición de Austral de los años cincuenta–; del gran lienzo de Delacroix: *La Liberté guidant le peuple* (Saad, 1983: 120), y de la perfecta conciencia de que en esas páginas tan puntuadas por lo cotidiano y lo popular, se estaba cruzando una frontera: «Estamos ya en los umbrales del Romanticismo. (El paso a Chateaubriand es evidente, en el capítulo final)», le escribía Carpentier a Durand el 5 de julio de 1960.

## Bibliografía

- Barga, Corpus [Andrés Corpus Cayetano García de la Barga y Gómez de la Serna]: «Saludo de los escritores madrileños [...]», en *Actas, ponencias, documentos y testimonios del II Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura*, Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider (eds.), Valencia, Generalitat Valenciana, 1987, pp. 67-69.
- Carpentier, Alejo: *Diario (1951-1957)*, intro. de Armando Raggi, notas de Armando Raggi y Rafael Rodríguez Beltrán, La Habana, Letras Cubanas, 2013.
- : «España bajo las bombas», en *Crónicas*, t. II, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976, pp. 205-244.
- : *El siglo de las luces*, La Habana, Ediciones R, 1963.
- «Entrevista en Radio Televisión Francesa», en *Entrevistas*, Virgilio López Lemus (ed.), La Habana, Letras Cubanas, 1985, pp. 72-97.
- González Echevarría, Roberto: *Alejo Carpentier: El peregrino en su patria*, México, Unam, 1993.
- Leante, César: «Confesiones sencillas de un escritor barroco», en *Cuba*, No. 24, abril de 1964, pp. 30-33.
- Otero, Lisandro: «Un novelista pregunta», en *Entrevistas*, Virgilio López Lemus (ed.), La Habana, Letras Cubanas, 1985, pp. 99-102.
- Pogolotti, Graziella: «La España de *El siglo de las luces*», en *Alejo Carpentier y España*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2005, pp. 41-56.
- Saad, Gabriel: «L’histoire et la révolution dans *Le siècle des lumières*», en *Quinze études autour El siglo de las luces de Alejo Carpentier*, París, L’Harmattan, 1983, pp. 113-122.
- Solares, Ignacio: «Nunca he utilizado la pluma para herir; solo creo en la literatura que construye, no en la que destruye», en *Entrevistas*, Virgilio López Lemus (ed.), La Habana, Letras Cubanas, 1985, pp. 227-234.
- Vázquez Candela, Euclides: «Todo el país se ha echado a andar...», en *Entrevistas*, Virgilio López Lemus (ed.), La Habana, Letras Cubanas, 1985, pp. 169-173. **C**

24 Agradezco a Graziella Pogolotti la información.



# Mejor vivido que pensado: las invenciones del Caribe (revisitadas)

*... García Márquez no sabía ver dividido en naciones a este mundo del Caribe, y tampoco a la América Latina. El Caribe era para él una unidad, había desarrollado hace cinco siglos el molde de una cultura, cada vez más presente en el mundo contemporáneo, y era muy hermoso ver en él la unidad en la diversidad, las variaciones de costumbres, rituales y estilos de vida en las distintas lenguas y tradiciones del universo común.*

WILLIAM OSPINA<sup>1</sup>

Hace poco más de veinte años, se publicó la primera edición del artículo «La invención del Caribe en el siglo xx. (Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico)», justo al comienzo de la *Revista Mexicana del Caribe*. Desde entonces, las tendencias en las definiciones han seguido reflejando, no solo el diálogo entre las formulaciones intelectuales y las dinámicas geopolíticas, sino las complejas interacciones entre identidades, culturas y relaciones intersociales. Algunas interrogantes y temas insistentes han sido: ¿Sería más apropiado designar «Mesoamérica» al llamado «Gran Caribe»? ¿La tendencia de «Caribe insular», obedece a un énfasis excesivo en la plantación azucarera esclavista? ¿Ocurre

1 «De vuelta del mar está el marinero», conferencia presentada en el XIII Seminario Internacional de Estudios del Caribe - 1ª Jornada Internacional *Gabriel García Márquez y el Caribe*, 24 al 28 de julio de 2017. Énfasis añadido.

algo parecido con la popularidad creciente de un «Caribe cultural (o Afroamérica central)»?

En todo caso, ya es tiempo de cambiar el título y referirnos –como tal vez debió ser desde el principio– a *Las invenciones* de esta región que existió antes de llamarse. El Caribe enseñó a los europeos a vivir en la América, pero no llevó aquel nombre hasta que los estadounidenses la bautizaron como efecto de su irrupción, al decir de Martí, «con esa fuerza más» sobre el hemisferio sur y destinarnos a servir de muro de contención contra su expansión.

La historia de este texto se mide en meses, pues comenzó en Brasil en julio de 2016. Un seminario titulado «México, América Central y Caribe en debate»<sup>2</sup> me llevó a cuestionarme la denominación de «Gran Caribe» y proponer que pudiera ser más apropiado utilizar como alternativa el añejo concepto de «Mesoamérica». A fin de ese año, sin embargo, otro evento –esta vez en Costa Rica–, convocado como «El Caribe en Centroamérica y Centroamérica en el Caribe»,<sup>3</sup> me ha hecho pensar que la respuesta puede ser que no.

Mientras tanto, la generosa invitación del Instituto de Estudios del Caribe de la Universidad de Puerto Rico (UPR) a ofrecer en febrero «La invención del Caribe (revisitada)» en el

2 «Mesoamérica desde el Caribe, el Caribe desde Mesoamérica», conferencia presentada ante el Seminario «México, América Central y Caribe en debate», Centro de Investigación y Posgrado sobre las Américas (Ceppac), Universidad Nacional de Brasil, Brasilia, 4 al 8 de julio de 2016.

3 «Mesoamérica desde el Caribe, el Caribe desde Mesoamérica: La invención del Caribe (revisitada)», IV Congreso Internacional de Estudios Caribeños: «El Caribe en Centroamérica y Centroamérica en el Caribe: Sociedad, Economía y Política», San José, Costa Rica, del 7 al 9 de diciembre de 2016.

vigésimo ciclo de sus prestigiosas *Conferencias Caribeñas*, me llevó al convencimiento de que ya era hora de actualizar mi texto más conocido. Esto culminó cuando la presenté el mes pasado en Cartagena de Indias, Colombia, en el seminario que, hace un cuarto de siglo, lanzó con genial premonición el historiador, y hoy diplomático y entrañable amigo, Alfonso Múnera Cabadía.<sup>4</sup>

El resto de esa historia se puede medir en décadas. Hace unos treinta años comencé la investigación y presenté el primer borrador en público. Hace poco más de veinte, como indiqué, se publicó la primera edición del artículo, justo al comienzo de la *Revista Mexicana del Caribe*.<sup>5</sup> En la década pasada salió la segunda edición, corregida y aumentada, la cual se publicó, desde 2003, en inglés y en un par de revistas en español,<sup>6</sup> culminando en 2006

4 «¿Mesoamérica desde el Caribe?: La invención del Caribe (revisitada)», presentada en el vigésimo ciclo de las *Conferencias Caribeñas*, Instituto de Estudios del Caribe, Universidad de Puerto Rico, 9 de febrero de 2017. Presentada ante el XIII Seminario Internacional de Estudios del Caribe-1ª Jornada Internacional *Gabriel García Márquez y el Caribe*, 24 al 28 de julio de 2017.

5 «La invención del Caribe en el siglo xx. (Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico)», *Revista Mexicana del Caribe*, Chetumal, Quintana Roo, vol. I, No. 1, 1996, pp. 74-96.

6 «The Invention of the Caribbean in the 20th Century (The Definitions of the Caribbean as a Historical and Methodological Problem)», en *Social and Economic Studies*, University of the West Indies-Jamaica, vol. 53, No. 3, 2004, pp. 127-157. «La invención del Caribe a partir de 1898 (Las definiciones del Caribe, revisitada)», *Tierra Firme*, Caracas, vol. XXI, No. 82, abril-junio de 2003, pp. 165-186. Publicado también en *Jangwa Pana: Revista de Antropología*, Colombia, Universidad del Magdalena, No. 5, julio-diciembre de 2006, pp. 1-23.

con el primer capítulo de mi libro *Tan lejos de Dios...*<sup>7</sup>

Desde entonces, las tendencias en las definiciones han seguido reflejando, no solo el diálogo entre las formulaciones intelectuales y las dinámicas geopolíticas, sino las complejas interacciones entre identidades, culturas y relaciones intersociales. Como señalé, algunas interrogantes y temas cuestionan si sería más apropiado designar «Mesoamérica» al «Gran Caribe» y si las definiciones agrupadas bajo el Caribe «insular» obedecen a un énfasis excesivo en la plantación azucarera esclavista. Finalmente, ¿puede afirmarse algo parecido con la popularidad creciente de un «Caribe cultural (o Afroamérica central)»?

Siguen pendientes otras preguntas como: ¿puede escapar Centroamérica de reconocerse como parte del «Caribe geopolítico»? Persisten también algunos malentendidos que no logré aclarar del todo en la segunda edición, entre estos se destaca la idea de que los Estados Unidos «se inventaron» el Caribe, cuando mi idea es que «lo bautizaron». Surge reiteradamente, también, la idea de que propongo que el Brasil y el sur de los Estados Unidos son parte del Caribe, cuando considero que no.

## I - ¿Sería más apropiado designar «Mesoamérica» al «Gran Caribe»?

En años recientes, los estudios del Caribe han intensificado su interés en las cinco sociedades que

7 «La invención del Caribe a partir de 1898 (Las definiciones del Caribe como problema histórico y metodológico)», en *Tan lejos de Dios... Ensayos sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos*, San Juan, Ediciones Callejón, 2006, pp. 29-58.

ocupan, históricamente, el espacio denominado como Centroamérica. La llamada crisis centroamericana en los años ochenta del siglo xx, las obligó a reconocerse como parte de la «Cuenca del Caribe», de acuerdo a la expresión –por cierto, distorsionada– del gobierno de Ronald Reagan. El advenimiento en 1994 de la Asociación de Estados del Caribe culminó, a su vez, con su sustitución –desde la propia región– por la de «Gran Caribe».<sup>8</sup> Pareciera, sin embargo, que las dinámicas geopolíticas del siglo xxi obligaron a Colombia y a Venezuela a mirarse cada vez más en el Caribe y, a su vez, a entablar un intercambio académico, intelectual y político con las ahora complicadas y ampliadas repúblicas centroamericanas.

En su *Breve historia de Centroamérica*, Héctor Pérez Brignoli utilizó un ingenioso juego de palabras para abordar –de entrada– la contradicción entre la conceptualización y delimitación entre la región estudiada en su libro y el concepto, ya generalizado, de Caribe o «Cuenca» del Caribe.<sup>9</sup> En la introducción del libro –publicado al final de la mentada crisis de los años ochenta–, el autor reaccionaba al dilema de que los Estados Unidos y buena parte del mundo miraban a Centroamérica como parte de un tal «Caribe», del cual no se sentían parte la mayoría de sus habitantes. Decía entonces que: «El pasado compartido impone una definición restringida a

8 Para este trasfondo, ver «Identidades internacionales y cooperación regional en el Caribe», en *Tan lejos de Dios... Las relaciones del Caribe con Estados Unidos*, 2da. ed. rev. y aum., Madrid, San Juan de Puerto Rico y Santiago de Cuba, Editorial Otramérica, Ediciones Callejón y Editorial Oriente, 2014, pp. 247-282.

9 Pérez Brignoli: *Breve historia de Centroamérica*, 3ra. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1988.

cinco países: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica».

El historiador argentino-costarricense añadió, sin embargo: «Geográficamente, podría esperarse, en cambio, que se tratara de una unidad mayor». Señaló que el istmo y la historia justificarían añadir Panamá y parte de Yucatán, y que criterios sociohistóricos justificarían incluir los altos de Chiapas y Belice. Así concluyó:

Puede definirse un marco todavía mayor: la América Central puede incluir, en un sentido geográfico, tanto la sección ístmica como las islas del Mar Caribe. Y si de extensiones se trata, el ángulo puede abrirse todavía más, hasta abarcar lo que en Estados Unidos se llama *Middle America* [Mesoamérica]: México, el istmo centroamericano y las islas del Caribe, según algunas definiciones; dichos territorios, más Venezuela, Colombia y las Guayanas, según otras.<sup>10</sup>

Este Caribe –que parece que seguirá llamándose Gran Caribe– tiende a coincidir con la visión del Caribe como Mesoamérica o una América «central» entre las del norte y del sur. También se ha designado como *Circuncaribe* y hasta *tercermundista*, porque la han asumido algunas élites, sobre todo de México, Colombia y Venezuela, desde la Segunda Guerra Mundial.<sup>11</sup>

10 *Ibíd.*, p. 13. Énfasis en el original.

11 Sobre la primera designación, ver Johanna von Grafenstein: *Nueva España en el Circuncaribe: Revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, pp. 21-29. Sobre la de tercermundista, Andrés Serbín: *El Caribe: ¿Zona de paz?*, en *Geopolítica, integración y seguridad*, Caracas, Editorial

Esta «Mesoamérica» viene de una tradición intelectual muy antigua desde el Norte y en la propia región, que ha sido particularmente notable en la arqueología.

El juego de palabras, sin embargo, también revelaba la ambigüedad en la conceptualización y delimitación entre todos los componentes y subregiones de esa América «central» entre las del norte y del sur. El problema –como lo abordé en «La invención del Caribe...»– es muy complejo. Por eso quiero darme la oportunidad de revisitarlo por tercera vez. Al hacerlo, conviene distinguir entre tres conceptos que a menudo se confunden en los estudios y discusiones sobre el Caribe. No es lo mismo 1) definir intelectualmente una región que 2) identificar una cultura o culturas en dicha región; y ninguna de las dos presupone 3) una identidad (o identificación colectiva) con la región o su presunta cultura. Quiero en este acápite enfatizar en el primer y el tercer punto, pero el texto abordará algo de los tres.

En las conferencias anteriores propuse examinar que Mesoamérica resultaría, por diversas razones, un término más apropiado para nombrar lo que se ha popularizado como Gran Caribe. Me pregunté también si dicho concepto sería más compatible con la multiplicidad de identidades subregionales cuyas sensibilidades pueden ser parte –como revelan los nombres de los dos eventos y la convocatoria para el de Costa Rica– de «las razones por las cuales [los] procesos de articulación en el Caribe presentan tanta dificultad».

---

Nueva Sociedad, 1989, p. 27, y Demetrio Boersner: «Una estrategia tercermundista para el Caribe», en *Nueva Sociedad*, No. 77, 1978, pp. 54-63.

Como ya señalé, el resultado hasta ahora es que Mesoamérica no resultaría más digerible para los centroamericanos que el revitalizado Gran Caribe. Es decir, que debemos dejar el tema en remojo para una elaboración posterior.

## II - ¿El «Caribe insular» obedece fundamentalmente a la plantación azucarera esclavista?

De todas las posibles definiciones de la región Caribe, una es común a todas las demás: ese Caribe que se ha llamado *insular* (o *etnohistórico*). Tiende a ser sinónimo del archipiélago de las Antillas pero también de las *West Indies* anglófonas, por lo que suele incluir las Guayanas y Belice, y puede llegar hasta las Bahamas y Bermuda. Esta es la más utilizada en la historiografía y otros estudios sobre la región porque es la única que coincide con los usos más antiguos y, lo que resulta más importante, con las *identidades internacionales* internas a la región.<sup>12</sup>

Se habla también de un Caribe *geopolítico*, poniendo el énfasis en los territorios donde se produjo la mayor parte de las intervenciones de los Estados Unidos y añadiendo por tanto América Central y Panamá, y de ese Gran Caribe al que se añaden Venezuela y, por lo menos, partes de Colombia y de México.

Parece haber, o al menos yo percibo, una cierta «insularidad» en sociedades que habitamos ínsulas relativamente pequeñas. Es decir, no hablo de Australia, o Groenlandia, o las islas mayores de Japón, o Nueva Zelanda, o algunas islas del archipiélago indonesio. No; hay «algo»

12 Este y el próximo párrafo ver Gaztambide: «La invención del Caribe a partir de 1898», pp. 36-39.

que nos hace sentir diferentes de las sociedades continentales. Y hablo de «insularidad» y no «insularismo» porque ese concepto tiene una carga de determinismo geográfico, al menos en el caso puertorriqueño.<sup>13</sup>

Aunque problemática, la argumentación de una «insularidad» ya estaba planteada con la pertenencia de las Guayanas y Belice en el Caribe *insular*, pocas veces (si alguna) cuestionada. Tradicionalmente la decisión de incluirlas se debe, como he dicho, al elemento «etnohistórico» —su pertenencia a las *West Indies*—, mas propongo que ello también se justifica por el relativo aislamiento que sufrieron estas sociedades, rodeadas de agua o de selva por todas partes. Por otra parte, lo de «etnohistórico» remite —ya lo he argumentado— a que «pone el énfasis en la experiencia común de la plantación azucarera esclavista».<sup>14</sup>

Ahora bien, ¿es excesivo ese énfasis en la plantación azucarera esclavista? La respuesta —que llevaba años ofreciéndole a Juan Giusti Cordero, colega y amigo de la Universidad de Puerto Rico— es sí y no. Aunque esto amerita una respuesta mucho más compleja, esbozo lo que espero se convierta en eso: una argumentación más elaborada. Sí es excesivo el énfasis porque obvia, como ha argumentado Giusti, la experiencia de sociedades que funcionaron, a veces por siglos, al margen de las sociedades de plantación, es decir, aquellas claramente dominadas por las

13 Ver Antonio S. Pedreira: *Insularismo: Ensayos de interpretación puertorriqueña*, San Juan, Editorial Plaza Mayor, 2006; [1934]. Ver Juan Flores: *Insularismo e ideología burguesa en Antonio S. Pedreira*, La Habana, Casa de las Américas, 1979.

14 Gaztambide: «La invención del Caribe a partir de 1898», p. 36.

plantaciones y sus beneficiarios más directos: los plantadores residentes y ausentistas.<sup>15</sup>

Sí es excesivo también porque obedece a una mirada –mayormente anglófona– marcada por el rol abrumador de la producción de azúcar de caña en la primera etapa de la Revolución Azucarera en el siglo xvii, y por eso bautizada así. En el siglo xviii, sin embargo, en el tercio oeste de La Española, la posesión francesa de Saint-Domingue se convirtió en el territorio más productivo del Mundo Atlántico, al menos en parte por una producción diversificada de añil, tabaco y café, además de la preciada azúcar. Por eso llevo años modificando la formulación original por «la plantación esclavista, principalmente azucarera».

Sí es excesivo, además, porque el fenómeno decisivo –la inmigración forzosa de millones de cautivos africanos por medio del comercio esclavista– se produjo con fines mucho más complejos. Estos incluyeron la utilización de los esclavizados, además de para la minería, principal empresa del imperio español al menos durante dos siglos, en funciones no solo rurales y agrícolas, sino domésticas y urbanas. La historiografía del cautiverio no ha enfatizado lo suficiente en esta diferencia entre los esclavizados urbanos y los rurales, y en estos segundos entre los domésticos y los agrícolas. Esta distinción resulta fundamental para abordar la complejidad y particularidad que marcó a cada sociedad esclavista, no solamente en cualquier momento sino

a lo largo del tiempo. Es decir, que el fenómeno central fue la esclavitud y no la plantación.

Al mismo tiempo, no puede considerarse excesivo el énfasis debido a una combinación de factores que hicieron del azúcar no solo el producto detonante, sino una especie de centro e hilo conductor de las economías de plantación y aun del mundo atlántico.<sup>16</sup> Fue la Revolución Azucarera lo que disparó el comercio esclavista en el siglo xvii, y el comercio esclavista lo que trasladó más de diez millones de africanos cautivos desde la segunda mitad de ese siglo hasta la abolición del tráfico durante el xix. Y eso es, realmente, lo que hace «etnohistórico» al Caribe insular, no solo ni principalmente las experiencias de las plantaciones sino el impacto perdurable de la inmigración forzosa de los cautivos al Caribe, no importa las tareas a las que los dedicaran.

Ahora bien, ¿no fue hasta la Revolución Azucarera que la plantación y la importación de cautivos marcaron decisivamente las sociedades insulares? No; los primeros cautivos africanos llegaron a La Española con la expedición de Nicolás de Ovando en 1500 y en menos de dos décadas también a Puerto Rico. Allí se produjeron las primeras rebeliones de esclavizados, marcando lo que sería una constante hasta la abolición del tráfico y la erradicación de la institución a fines del xix. Decir esclavitud, decir esclavización y decir plantación fue lo mismo que decir resistencia, contrario a los mitos de «esclavos contentos» y de esclavitudes «menos crueles que otras», como se produjo en unos debates barrocos agradidamente superados.

15 Ver Juan Giusti-Cordero: «Beyond sugar revolutions: rethinking the Spanish Caribbean in the seventeenth and eighteenth centuries», en *Empirical futures: anthropologists and historians engage the work of Sidney W. Mintz*, ed. George Baca, Aisha Khan, y Stephan Palmié, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2009, pp. 58-83.

16 Ver Mintz: *Sugar and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Nueva York, Viking Penguin, 1985.

De ahí en adelante, a dondequiera que llegaba la conquista, fueron surgiendo ingenios azucareros. En Cuba, se desarrolló en los alrededores de La Habana una sociedad de plantación que se alimentó de su posición privilegiada en el sistema de flotas y que en ese sentido atravesó su larga época española. Dicho sistema marginó a Puerto Rico y La Española de los circuitos comerciales españoles, pero el primero tuvo lo que Fernando Picó llamó –desde la primera edición de su *Historia General de Puerto Rico*– una «primera era azucarera», de fines del siglo XVI al primer cuarto del XVII.<sup>17</sup>

No es casual que las alturas de Puebla, las tierras reclamadas por Hernán Cortés como su feudo personal, tuvieran en los ingenios azucareros su principal actividad productiva; y que estos surgieran igualmente en los bajos del Pacífico de la Capitanía General de Guatemala. Los ingenios –cuyos productos de azúcar, melazas y ron se mercadeaban internamente en los territorios conquistados– marcaron así las formaciones sociales hispanoamericanas. Las jerarquías etnoculturales –con españoles y criollos dominando y explotando a mestizos e indígenas, y a esclavizados africanos y afrodescendientes– se impusieron ferozmente sobre todos los «reinos» españoles, lo mismo que en el Brasil desde mediados del siglo XVI. No en balde, señaló Sidney Mintz en su último libro:

*Though there is an enormous literature dealing with the slavery era and the people who were its victims, something can still be said about its aggregate meaning for world history,*

17 Picó: *Historia General de Puerto Rico*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1986.

*and about its consequences for the descendants of the slaves. As an anthropologist, I think that the so-called peculiar institution of slavery was so critical in human history that it is also worth asking what it may signify for a general theory of human culture. [«Aunque hay una enorme literatura sobre la era de la esclavitud y las personas que fueron sus víctimas, todavía se puede decir algo sobre su significado agregado para la historia mundial y sobre sus consecuencias para los descendientes de los esclavos. Como antropólogo, creo que la llamada institución peculiar de la esclavitud fue tan crítica en la historia humana que también vale la pena preguntar qué puede significar para una teoría general de la cultura humana»].<sup>18</sup>*

Debemos mirar también las continuidades hasta el presente. Se trata de la arrolladora transfiguración de las plantaciones, obedeciendo a las influencias de la segunda Revolución Industrial, también llamada segunda Revolución Tecnológica, capitalismo monopolista y capitalismo imperialista, y que prefiero llamar –con otros teóricos– capitalismo avanzado. Con el azúcar de nuevo a la vanguardia, este proceso comenzó con la industrialización y centralización azucarera, temprana y abarcadoramente reseñada por Manuel Moreno Fraginals y más reciente y detalladamente por César Ayala.<sup>19</sup> A tal punto de

18 Sidney W. Mintz: *Three Ancient Colonies: Caribbean themes and variations*, Cambridge, Harvard University Press, 2010, p. 14.

19 Moreno Fraginals: «Plantaciones en el Caribe: El caso Cuba-Puerto Rico-Santo Domingo (1860-1940)», en *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Editorial Críti-

que Cuba, nada menos que Cuba, terminó reafirmando su vocación azucarera, después de una revolución que pretendía liberarlos del azúcar.

Venezuela, antes de ser petrolera, fue notablemente cacaofera, desde el siglo XVIII hasta el XX. Antes del auge del cacao –igual que México y Centroamérica– Venezuela ya tenía una extensa producción azucarera y cafetalera mayormente para el consumo interno y regional. Y es por eso que se ha obviado el fenómeno del cautiverio y de la plantación en zonas en donde quizá prevaleció la minería y el latifundio pero estaban presentes la esclavitud africana y los ingenios. Así, las sociedades ya agroexportadoras nos reafirmamos como tales mediante los procesos de concentración y centralización productiva que nos marcaron durante el siglo XX. ¿De dónde vienen, si no, los exquisitos cafés y sabrosos rones que podemos degustar desde Guatemala hasta Venezuela?

Y emergieron entonces plantaciones de nuevos cultivos, propios de la época, como el henequén en Yucatán, el caucho en las selvas amazónicas y, sobre todo, las plantaciones bananeras en el Caribe, Centroamérica y Colombia. Más aún, importantes sucesos del siglo XX tienen que ver con la modernización y diversificación de las plantaciones. Pensemos nada más en las notorias historias de la United Fruit Company, nacida en Jamaica e inmortalizada en 1954 por el golpe de la CIA contra el gobierno de Jacobo Arbenz en

---

ca, 1983, pp. 56-117. César Ayala: *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999, sintetizado en «The American Sugar Kingdom, 1898-1934», en *The Caribbean: A History of the Region and Its Peoples*, eds. Stephan Palmié y Francisco A. Scarano, Chicago, The University of Chicago Press, 2011, pp. 433-444.

Guatemala y por la ya cincuentenaria *Cien años de soledad*. Tomemos nota de textos tan disímiles como *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, y la «Plantación Adentro», de Tite Curet Alonso, que sirve de epígrafe a «La invención del Caribe».<sup>20</sup> Recordemos también que la plantación henequenera fue uno de los resortes que precipitó la rebelión de los Cristeros en Yucatán.

Es decir, el impacto y la condena de la plantación no se ha detenido todavía hoy, y no digamos la herencia del cautiverio de los africanos. En mis clases, suelo hablar de tres hilos conductores de la historia moderna del Caribe, comenzando por los conflictos imperiales. La cara inversa de esa moneda fue el auge de las plantaciones. Como resultado de pelearse por el Continente, los imperios pelearon batallas navales campales solamente para cambiar de dueño una u otra de esas islas, que el imperio español había llamado «inútiles», convertidas en *Sugar Islands* y que ahora subestimamos como Antillas «menores». Y, en tercer lugar, las estructuras sociales esclavistas generaron el hilo conductor de las resistencias, más visibles en los diversos cimarronajes pero presentes en toda la experiencia esclavista.

Ese tercer hilo de las resistencias no solo fue común a todas las sociedades de esclavización sino también a la conquista y subyugación de los grupos originarios. El caso más notable, más radical y más estudiado fue el de los cimarronajes.<sup>21</sup> Aun en sociedades como Jamaica y Haití, en donde la

20 José Eustasio Rivera: *La vorágine*, Buenos Aires, Editorial Lozada, 1987. Tema «Plantación adentro», interpretado por Rubén Blades en el LP *Metiendo mano* de la Orquesta de Willie Colón, Fania Records, 1977.

21 *Sociedades cimarronas: Comunidades esclavas rebeldes en las Américas*, comp. Richard Price, México, Siglo XXI editores, 1981; orig. *Maroon*



plantación esclavista parecía todopoderosa, la dinámica sociohistórica respondió a la relación entre los libres –africanos, afrodescendientes y mestizos diversos– y los cautivos en las plantaciones y otros escenarios. La Revolución Haitiana difícilmente se habría desatado, al menos de la manera en que ocurrió, de no ser porque había una comunicación y una colaboración entre los libres y los esclavizados.

De ahí lo que llamó Gérard Pierre-Charles «la ideología de la resistencia» y lo que Jean Casimir bautizó como «la contraplantación», un concepto más abarcador.<sup>22</sup> De ahí germinó lo que he llamado el «proyecto campesino», que se expresa en lo que considero uno de muchos himnos campesinos, no solo de Puerto Rico sino muy popular en el Caribe:

### Mi jaragual

*Amigo no presto mi caballo  
Ni a medias quiero sembrar maíz  
Yo quiero una empalizada  
Mi gallina con su gallo  
Mi hermano con mi cuñada y yo con mi amor  
/ feliz.*

*Yo dueño de mi jaragual me siento  
Cantándole mi canción al viento  
Un cacique patriarcal, viendo mi perro guardar*

---

*Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*, Garden City, Ed. N.J., Anchor Books, 1973.

22 Gérard Pierre-Charles: *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985. Jean Casimir: «Estudio de caso respuesta a los problemas de la esclavitud y la colonización en Haití», en *África en América Latina*, ed. Manuel Moreno Fraguinal, 2da. ed., México, Siglo XXI editores, 1987, pp. 398-422.

*A mi tesoro y mi mujer qué inmenso.  
¡Qué inmenso, qué inmenso,  
Ser el dueño de la finca y la mujer!*<sup>23</sup>

Aunque patriarcal, la condición de campesino suponía la noción de que la libertad y la dignidad humana se definían a partir de la relación con la tierra. Aunque en África y en América fuera de carácter colectivo –por ejemplo en los ejidos–, en el caso de la América moderna la pequeña y mediana propiedad campesina se contrastaba con la explotación de la tierra y sus habitantes con fines de lucro y no para la propia comunidad o región.

Parecería pensar en esto el recién fallecido historiador puertorriqueño Fernando Picó al decirles a los representantes de las Academias de la Historia de América:

Por eso las pistas de una historia común caribeña hay que buscarlas en los vínculos que históricamente han puesto a las islas en relación abierta, sin la intervención expresa de las metrópolis y sin el monitoreo de agencias exteriores. El hecho de que muchos de esos contextos interregionales no hayan sido institucionales no necesariamente los hace indocumentados, ni la espontaneidad los transforma en efímeros, ni la sencillez de las transacciones los califica como insignificantes. La reiteración de los comportamientos rinde observables los fenómenos y la continuidad de los discursos y las prácticas configuran mundos mentales.<sup>24</sup>

23 Felipe Rosario Goyco («Don Felo», «Mi jaragual»).

24 «Vocaciones caribeñas, trajines atlánticos: Razón y pasión en las islas del Mar Océano», conferencia en la Reunión de las Academias de la Historia de América, San Juan, 20 de abril de 2008, en *Vocaciones caribeñas*, San Juan, Ediciones Callejón, 2013, p. 9.

Las sociedades presuntamente marginales de (o en) las sociedades de plantación funcionaron en torno a la dinámica que la Revolución Azucarera impuso, aun en las rivalidades y conflictos entre los imperios europeos. ¿A quién y qué le vendían los contrabandistas de Puerto Rico, la parte este de La Española, el oriente cubano, y las costas venezolanas y colombianas? En gran medida, suplían las sociedades de plantación en el resto del Caribe.

Por otra parte, Mintz estudió y señaló el modo desigual y asincrónico en que la plantación impactó a diversas sociedades del Caribe. Advirtió, sin embargo, que:

*... slavery itself varied in significance in different Caribbean locales during nearly four full centuries. Nonetheless, the Caribbean region has been defined by both the enslavement of Africans and the production of sugar and its by products on large plantations [«la esclavitud en sí variaba en importancia en diferentes lugares del Caribe durante casi cuatro siglos completos. No obstante, la región del Caribe se ha definido tanto por la esclavitud de los africanos como por la producción de azúcar y sus derivados en grandes plantaciones»].<sup>25</sup>*

### III - El «plantacionismo», la experiencia vivida, la popularidad de un «Caribe cultural (o Afroamérica central)»

Viajar a cualquier punto del Caribe insular es encontrar las pistas de esa elusiva identidad antes llamada antillana y cada vez más caribe-

<sup>25</sup> Mintz: *Three ancient colonies*, ob. cit.

ña. A los puertorriqueños hace tiempo nos ha impactado la familiaridad que sentimos cuando llegamos a Cuba. Ese sentirnos «en casa», sin embargo, es mutuo. Cada vez que tengo la oportunidad, pregunto cuál es su primera impresión a los cubanos que vienen por primera vez a Puerto Rico y responden lo mismo. Podría argumentarse que esto solo ocurre en el caso particular de «las Antillas hermanas», pero ese sentido de familiaridad se multiplica –con más o menos fuerza– en cada sociedad que se visita. Ello incluye sociedades en el Caribe continental o cultural, pues algo parecido le sucede a un cubano o a alguien de Puerto Rico o de República Dominicana que visita Cartagena de Indias.

Esto me ha llevado a reflexionar en años recientes en torno a una hipótesis que formulé a fines del siglo pasado sobre una «cultura compartida» en el Caribe insular.<sup>26</sup> Dicha hipótesis, madurada y reformulada desde entonces, es que los Caribes, al menos los que hemos llamado el *insular* y el *cultural*, tienen una «cultura compartida». Nótese que ya no me limito al Caribe insular, sino que incluyo a un Caribe cultural que –como expliqué en otro texto– no es «geográfico» en el sentido de coincidir con fronteras políticas, sino que puede incluir –por sus características– *partes de países*.<sup>27</sup>

La inclusión del Caribe cultural, por lo demás conceptualmente ineludible, impone la

<sup>26</sup> Antonio Gaztambide: «El Caribe insular: un pasado y una cultura compartidas», en *Caribe Insular: Exclusión, Fragmentación y Paraíso*, catálogo de la exposición homónima, Madrid, Casa de América y Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo, 1998, pp. 33-36.

<sup>27</sup> Gaztambide: «La invención del Caribe a partir de 1898», pp. 46-50.

participación de regiones continentales, como Veracruz en México y algunas sociedades de la costa Caribe centroamericana, Panamá y partes significativas de Venezuela y, sobre todo, el Caribe colombiano. Como ya señalé, aunque problemática, la argumentación de una «insularidad» ya estaba planteada con la pertenencia de las Guayanas y Belice en el Caribe insular, pocas veces cuestionada (si alguna).<sup>28</sup>

### III 1. Las identidades y las «insularidades»

En *Archivo de los pueblos del mar*, un libro póstumo, Antonio Benítez Rojo aventuró una propuesta que nunca llegó a debatir. Propuso que las islas atlánticas pertenecen a un mismo archipiélago, «El último archipiélago». Incluyó en este las islas de África: las de Cabo Verde, las Azores, y las Islas Canarias. De este lado, aparecen las Antillas, las Bahamas, las Islas Caimán y las Turcas y Caicos. Reveladoramente, sin embargo, aparecen las islas de San Andrés y Providencia, aunque no Santa Catalina ni el resto de las islas del Caribe occidental, especialmente Roatán y Cozumel.<sup>29</sup> Benítez Rojo sugirió llamarlo la «Nueva Atlántida» explicando que ello «no es casual», pues:

Nada como un buen mito de fundación para consolidar identidades, y hay que concluir que el de la legendaria Atlántida nos viene como anillo al dedo. Si en el futuro lo reclamamos o no, será cosa nuestra, aunque me permito

observar que no hay mito territorial que lo supere en prestigio y poesía.<sup>30</sup>

La ocurrencia de Benítez Rojo –genial, como nos tuvo acostumbrados– apuntala una de las hipótesis de este trabajo. No pretendo, ni estoy seguro de que el imaginativo cubano pretendía proponer una teoría de la «insularidad». En cierto modo, su despedida intelectual fue como aquella provocación en *La isla que se repite*, en la cual describe la cultura caribeña como la ejecución de un ritual, consistente en esa «cierta manera» con que caminaban las dos negras viejas que conjuraron el apocalipsis [de la crisis «de los Cohetes» en octubre de 1962]. En esa «cierta manera» –nos dijo– «se expresa el légamo mítico, mágico si se quiere, de las civilizaciones que contribuyeron a la formación de la cultura caribeña».<sup>31</sup>

La experiencia de Gabriel García Márquez es otra cosa que a la vez es la misma. Por años me intrigó el origen de ese caribeñismo tan espontáneo, tan natural, de su vida y de su obra. En 2012, privilegiado por mi primera visita a Aracataca, su pueblo natal e inspiración de Macondo, encontré una cita que se me había escapado al leer sus memorias, que por cierto solo parcialmente pudo *Vivir para contarla*. Hablando de la región donde se ubicaba el pueblo en donde estaba esa casa, que a su vez era «un pueblo», nos dice:

La Provincia tenía la autonomía de un mundo propio y *una unidad cultural compacta y antigua* en un cañón feraz entre la Sierra Nevada de Santa Marta y la Sierra del Perijá, en el Caribe

28 Ver arriba, p. 44.

29 Antonio Benítez Rojo: «El último archipiélago», en *Archivo de los pueblos del mar*, ed. Rita Molinero, San Juan, Ediciones Callejón, 2010, pp. 101-109.

30 *Ibíd.*, p. 10.

31 *La isla que se repite*, Barcelona, Ed. Casiopea, 1998, pp. 26-27.

colombiano. Su comunicación era más fácil con el mundo que con el resto del país, pues su vida cotidiana se identificaba mejor con las Antillas por el tráfico fácil con Jamaica y Curazao, y casi se confundía con la de Venezuela por una frontera de puertas abiertas que no hacía distinciones de rangos y colores.<sup>32</sup>

«Aquella *naturaleza insular* –continuó el Gabo– había generado una cultura estanca con carácter propio que los abuelos implantaron en Cataca [Ara...]. Más que un hogar, la casa era un pueblo». Estos circuitos comerciales y culturales que menciona García Márquez –que eran también políticos e ideológicos– hicieron del Gran Caribe, al menos hasta 1900, una región contradictoriamente integrada que compartía, por supuesto de una manera más variada, esa «unidad cultural compacta y antigua».<sup>33</sup>

Así como ocurría con el Caribe colombiano, Panamá, Veracruz y los puertos venezolanos operaban como puertos «insulares» de las diversas zonas interiores a las que servían en cada país. Y desde muy temprano en la modernidad, aunque concentradas en zonas dentro de la región (Caribe nororiental, Caribe suroccidental, etcétera), estos circuitos resultaban tanto más estimulados por el contrabando generalizado. Todo lo cual fue generando esa «cierta manera» de hacer las cosas con que Benítez Rojo des-

cribe la cultura caribeña y, con ella, diversos grados de identidades.

### III 2. Caribe cultural (o Afroamérica central)

Ahora bien, ¿qué tienen en común todas las formaciones sociales bañadas por el mar Caribe y las demás incluidas por virtud de la historia, la geopolítica o la conveniencia metodológica de algunos investigadores? La clave la proveyó el antropólogo Charles Wagley en San Juan de Puerto Rico hace casi sesenta años, cuando propuso dividir el hemisferio en tres «esferas culturales»:

1. Euro-América, que incluye principalmente la zona norte de Norteamérica y el llamado Cono Sur de Argentina, Chile y Uruguay, caracterizado por el exterminio, total o virtual, de los habitantes originales de esas tierras.
2. Indo-América, que incluye a México, la mayor parte de Centroamérica, y todas las porciones del Continente –principalmente andinas– donde no fueron exterminados los aborígenes.
3. La América de las Plantaciones, que tal vez debió llamar Afro-América, e incluye el sur de los Estados Unidos, el Caribe insular, Brasil y todos aquellos lugares donde prevaleció la plantación como organización socioeconómica predominante.<sup>34</sup>

A partir de la propuesta de Wagley, se puede considerar el Caribe como la parte de la América de las Plantaciones (que yo llamaría Afro-América) que queda al sur de los Estados Unidos

32 *Vivir para contarla*, Editorial Norma, Bogotá, 2002, p. 83. Énfasis añadido. Agradezco a Patricia Iriarte, guionista de la Casa Museo de Gabriel García Márquez, por haber incluido esta cita tan reveladora en el guion.

33 A esto se refiere Alberto Abello Vives en *La isla encallada: El Caribe colombiano en el archipiélago del Caribe*, Bogotá, Siglo del Hombre Eds. y Parque Cultural del Caribe, 2015.

34 «Plantation America: A Culture Sphere», en *Caribbean Studies: A Symposium*, Ed. Vera Rubin, Seattle, University of Washington Press, 1960.

y al norte de Brasil. Debe quedar claro que esta Afro-América Central, queda entre los Estados Unidos y Brasil, no los incluye. Este Caribe cultural llega, por lo contrario, a dondequiera que llegue la cultura caribe, como los grandes centros de las diásporas en los Estados Unidos y Europa. Esta sería, entonces, la única definición estrictamente intelectual del Caribe y la que nos permite hablar de un Caribe *cultural*.<sup>35</sup>

Ese Caribe cultural presupone, entonces y según he dicho antes, una cultura, si no común, al menos compartida. Y el Caribe insular está en el corazón de esa región imprecisa, al igual que es el punto de partida de las demás definiciones. Como también señalé de inicio, esa cultura compartida no implica que haya conciencia o aceptación significativa de ella, es decir, que haya una identidad generalizada en la región. Si enfatizamos en lo que nos separa, desde los lenguajes hasta los sistemas políticos, sería justo pensar que la región ni siquiera existe más allá de una expresión geográfica. Podemos subrayar, por el contrario, que hasta esa diversidad es parte de una experiencia y una cultura compartidas. Porque el Caribe es a la vez uno y diverso, o «uno y divisible», como le ha llamado el intelectual haitiano Jean Casimir.<sup>36</sup>

35 Gaztambide: «La invención del Caribe...», pp. 46-50. Ver también Manuel Moreno Friginals: «En torno a la identidad cultural en el Caribe insular», en *La historia como arma*, pp. 162-171; Yolanda Wood: «Repensar el espacio Caribe», en *Universidad de La Habana*, No. 236, septiembre-diciembre de 1989, pp. 67-80; y Kaldone G. Nweihed: «Geopolítica cultural del Caribe», en *El Caribe: Identidad Cultural y Desarrollo*, comp. Andrés Bansart, Caracas, Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 1989, pp. 111-166.

36 *Le Caraïbe, Une et Divisible*, publicado en español como *La invención del Caribe*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997.

La idea de una cultura compartida se contrapone a los discursos que reclaman la existencia de una cultura «común» u homogénea, discursos hoy desacreditados aun al referirse a un solo país, mucho más con regiones internacionales. Insisto en que esta idea no implica una identidad generalizada, una conciencia o aceptación de que dicha cultura sea mayoritaria o siquiera frecuente dentro de la región. La idea de una cultura compartida se limita a llamar la atención de una serie de rasgos de una cultura regional que existen en todas o casi todas las sociedades si bien en cada una se manifiestan de maneras muy diversas.

En un evento en el cual presenté en inglés una versión previa de estas ideas,<sup>37</sup> me conmovió cuando la señora Claudette Francis afirmó que, después de haber trabajado por décadas en el Caribe como región, ella podía asegurar –precisamente– que tenemos una cultura *compartida*.<sup>38</sup> Un testimonio como ese supera por mucho las elucubraciones teóricas tan frecuentes entre colegas que no conocen realmente, ni han vivido en la región.

Debemos, sin embargo, definir qué queremos decir por *cultura* en este trabajo. De acuerdo con Néstor García Canclini,

entre los años sesenta y ochenta de este siglo los estudios sociosemióticos, y con ellos la antropología, la sociología y otras disciplinas, fueron estableciendo que la cultura designaba

37 «The insular Caribbean: A Shared Experience and a Shared Culture», ponencia presentada en la *Caribbean Regional Conference of Psychology*, 15 al 18 de noviembre de 2011, Nassau, Bahamas.

38 Claudette Francis, sicóloga jamaicana que ejerció su carrera por distintas partes del Caribe anglófono.

los procesos de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social.

Pero ello resulta insuficiente, pues *lo cultural*, por otro lado,

abarca el conjunto de procesos a través de los cuales representamos e instituimos imaginariamente lo social, concebimos y gestionamos las relaciones con los otros, o sea las diferencias, ordenamos su dispersión y su incommensurabilidad mediante una delimitación que fluctúa entre el orden que hace posible el funcionamiento de la sociedad (local y global) y los actores que la abren a lo posible.<sup>39</sup>

Al llamar la atención de una serie de rasgos, y no de una cultura regional sino de la unidad en la diversidad, la idea de una cultura compartida se ubica más en *lo cultural* que en *la cultura*, aún redefinida como producción, circulación y consumo de significación en la vida social. Propongo, entonces, buscar esa cultura compartida, esa unidad en la diversidad, en los nacionalismos, los mestizajes, las religiosidades populares, los multilingüismos, las migraciones, las creativities y las insularidades. Algunos podrían argumentar que esto puede aplicarse a buena parte de la experiencia humana; lo que no niega que valga *también* para la caribeña y tenga una particular conformación caribeña.

Así lo confirmaron, por ejemplo, viajes de estudio a las Antillas Mayores que realicé a fines del siglo pasado con estudiantes y compañeros de trabajo de la Universidad de Puerto Rico. Jóvenes que hasta ese momento no tenían siquiera

39 Néstor García Canclini: *La globalización imaginada*, México, Editorial Paidós Mexicana, 2000, pp. 61-63.

una noción clara sobre la región, mucho menos una identificación con ella, descubrieron su familiaridad con sociedades que hasta entonces les resultaban ajenas. Todo lo visitado y vivido en Jamaica, Cuba y La Española (República Dominicana y Haití), así como mis experiencias en otras Antillas, confirmaron un presente que dialoga insistentemente con su pasado.

No hay más remedio que movernos, entonces, usando el título del tema de Tite Curet Alonso, *Plantación adentro*. Desde el punto de vista de lo que nos une, sin embargo, hay que mirar –como plantearon hace tiempo Beckford<sup>40</sup> y Sidney W. Mintz,<sup>41</sup> entre otros– a lo que Jean Casimir bautizó como la *contraplantación*.<sup>42</sup> Según Casimir:

El Caribe puede definirse como la América de las plantaciones en la medida en que viene de un pasado marcado por el apogeo y la decadencia de la plantación. Lejos de edificarse a partir de los estilos de vida impuestos por Occidente, esta región inventó otras formas de

40 Beckford: *Persistent Poverty: Underdevelopment in the Plantation Economies of the Third World*, Nueva York, Oxford University Press, 1972. Sobre su insistencia en el campesinado «como el depositario de una cultura popular de autosuficiencia e independencia», ver la evocación de Kari Polanyi-Levitt: «The Plantation Economy Models: My Collaboration with Lloyd Best», en *Plantation Economy Revisited*, p. 24.

41 Mintz: «The Caribbean as a Socio-Cultural Area», en *Peoples and Cultures of the Caribbean*, ed. Michael Horowitz, Garden City, NJ, Natural History Press, 1971, pp. 17-46, solo por mencionar uno de sus textos más conocidos.

42 «Estudio de caso respuesta a los problemas de la esclavitud y de la colonización en Haití», en *África en América Latina*, pp. 398-422.

vida para superar los estragos que acarreó la sociedad esclavista. [...] // Todas las culturas caribeñas fueron creadas por grupos humanos en conflicto permanente con el sistema dominante. Por su creatividad y su talento, estos grupos mantenían un desafío constante contra el sistema que, pese a todo, prevalecía como punto de referencia. La cultura caribeña es una respuesta a la sociedad de plantación, *no* es la cultura de la sociedad de plantación.<sup>43</sup>

Casimir concluye que –sobre todo por el impacto de las migraciones intracaribeñas– se terminó creando un «espacio caribeño endógeno» que extendió esta cultura a toda la Cuenca del Caribe.<sup>44</sup> Y es precisamente en los estudios culturales donde se ha venido afirmando un Caribe *cultural* que trasciende al insular y devela la presencia y la irradiación de la plantación y de la contraplantación. A pesar de su título, Antonio Benítez Rojo nos remite a tal espacio en *La isla que se repite*. Lo mismo ocurre con el «cimarronaje cultural», a partir del cual Ángel Quintero Rivera ha construido una *sociología de la música tropical*.<sup>45</sup> Finalmente, desde esa perspectiva hemos propuesto una aproximación a la cultura como factor unificador más que disociador.<sup>46</sup>

43 *La invención del Caribe*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997, p. 118. Énfasis en el original. Publicado originalmente como *Le Caraïbe: Une et Divisible*, París, CEPALC Nations Unies-Éditions Henri Deschamps, 1991.

44 *Ibid.*, pp. 127-134.

45 *¡Salsa, sabor y control!: Sociología de la música tropical*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 1998.

46 Gaztambide y Hernández: «Introducción» a *Cultura, sociedad y cooperación*, pp. 9-22.

### III 3. El triunfo de las resistencias: la cultura *compartida*<sup>47</sup>

Por todas partes sentimos también la vitalidad de lo que el intelectual haitiano Gérard Pierre-Charles llamó hace un tiempo la «cultura de la resistencia».<sup>48</sup> Desde los dignos, orgullosos y sencillos cimarrones jamaicanos en *Accompong Town*, herederos de los tratados que arrancaron sus fieros antecesores a Gran Bretaña en 1738 y 1739, pasando por el semillero de cultura afro-cubana en Regla y Guanabacoa, hasta la no menos afroantillana cultura campesina en La Española, Puerto Rico, y las Antillas Menores, encontramos las múltiples formas en que los esclavos, primero, y los pueblos, después, han afirmado su humanidad e identidad. Es decir que, con variantes, todas estas sociedades fraguamos culturas afroamericanas.

En la última de las conferencias recibidas durante los viajes de estudio, Arnold Antonin, director del Centro Petión-Bolívar de Puerto Príncipe, propuso que las cuatro principales influencias en la cultura haitiana son: la guerra de independencia, el lenguaje creol, el mestizaje (también entre africanos diversos) y la religión vodú. Difícilmente se hubiera podido sintetizar mejor lo que es común a nuestros sufridos pueblos antillanos. Las diversas formas de nacionalismo, la presencia y defensa de idiomas propios, los variados mestizajes y el sincretismo religioso nutren nuestras estrategias cotidianas por encima de los proyectos, discursos y disputas de las elites que nos reflejan a la vez que nos dividen.

47 Hay todavía mucha más bibliografía para actualizar y documentar sobre lo que sigue en esta última sección.

48 *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, cap. 1.

Desde los aborígenes –más vivos en nosotros de lo que algunos quieren admitir– hasta el presente, nuestros pueblos se han pasado «cimarroneando» frente a la opresión de todo tipo y la dominación extranjera. El feroz nacionalismo antimperalista cubano, la identificación de los pueblos independientes con sus Estados nacionales, y el nacionalismo cultural de las sociedades no-independientes evidencian la primera influencia mencionada. No en balde el historiador jamaicano Franklin W. Knight tituló su panorámica de la historia antillana *Génesis de un nacionalismo fragmentado*.<sup>49</sup>

Aun lo que aparenta dividirnos nos une, como es el caso del lenguaje. A menudo se distingue entre Caribes hispano, franco y angloparlantes, además del neerlandés, pero las sociedades antillanas –con la posible excepción de Cuba y la República Dominicana– son realmente multilingües. No solo en Haití predomina el creol sobre el francés de la elite; también en el resto de las sociedades francófonas. En las sociedades anglófonas persisten variantes propias del inglés frente al *standard English*. En las Antillas neerlandesas, toda la población combina el papiamento variadamente con el holandés, el español y el inglés.<sup>50</sup> Puerto Rico, por supuesto, ha conservado el español frente al colonialismo estadounidense, pero en todas las sociedades no anglófonas hay tanto asimilación como resistencia al inglés de las transacciones comerciales, el Cable TV y el turismo.

49 *The Caribbean: The Genesis of a Fragmented Nationalism*, 2da. ed., Nueva York, Oxford University Press, 1991.

50 Mervyn C. Alleyne: «A Linguistic Perspective on the Caribbean», en *Caribbean Contours*, eds. Sidney W. Mintz y Sally Price, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1985, pp. 155-179.

Pasando a la tercera de las influencias mencionadas por Antonin, basta mirar y admirar a la hermosa gente de estas islas para saber que somos mestizos, aunque por país –o región– varíe la pigmentación de la piel. Más importante aún, contra las imágenes racistas con que a menudo nos miran desde afuera, la autoimagen aun de los pueblos más oscuros es etnocultural más que etnoracial.<sup>51</sup> Como me enseñó hace años el sabio cubano de la Universidad de Yale José Juan Arrom, el verdadero mestizaje es cultural, por lo que somos uno en la negritud básica de nuestras culturas populares.

Ese mestizaje cultural se revela con particular agudeza en nuestras religiosidades populares. Se ha dicho que Haití es noventa por ciento católico y ciento por ciento vodúista; algo parecido podría decirse de la santería cubana, adaptada al agnosticismo oficial de las últimas décadas. Aunque menos intensamente, la religiosidad popular refleja sincretismos en toda la región, desde la base popular del mensaje *rastafari*, en la muy cristiana Jamaica, hasta el sabor afroantillano de los catolicismos dominicano y puertorriqueño.<sup>52</sup>

Aparte de las influencias señaladas, hay otros dos aspectos, íntimamente relacionados a los anteriores y entre sí, que unifican la cultura compartida del Caribe insular: las migraciones y la

51 Ver Colin A. Palmer: «Identity, Race, and Black Power in Independent Jamaica», en *The Modern Caribbean*, ed. Franklin Knight y Colin A. Palmer, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1989, pp. 111-128.

52 La religiosidad afroantillana ha sido uno de los aspectos más estudiados de nuestra cultura. Para un intento de síntesis para toda la América Latina, ver Juana Elbein y Deoscoredes Dos Santos: «Religión y cultura negra», en *África en América Latina*, ed. Manuel Moreno Fraginals, 2da. ed., México, Siglo XXI editores, 1987, pp. 103-128.



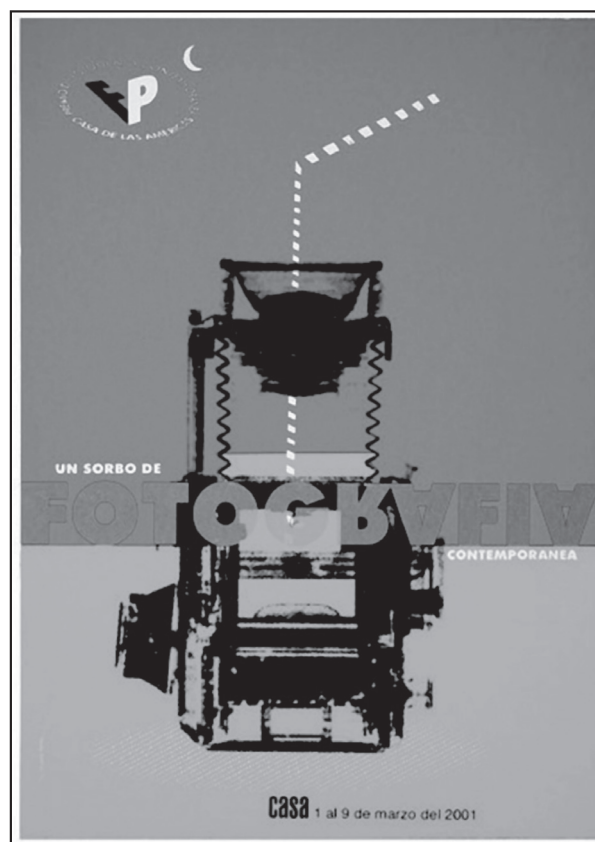
creatividad. Sobre todo desde los comienzos de la conquista y particularmente desde que se disparó el tráfico esclavista, somos sociedades migrantes. Desde hace cien años, además de la continuación e intensificación de las migraciones desde y hacia viejas y nuevas metrópolis, se han producido complejas migraciones intracaribeñas que, a su vez, han sincretizado nuestras culturas «nacionales».<sup>53</sup>

Nada de lo anterior, sin embargo, refleja ese sincretismo cultural como la creatividad. Los

53 Bonham C. Richardson: «Caribbean Migrations, 1838-1985», en *The Modern Caribbean*, ed. Knight y Palmer, pp. 203-228; Jorge Duany: «Más allá de la válvula de escape: tendencias recientes en la migración caribeña», en *El Caribe y Cuba en la posguerra fría*, comp. Andrés Serbín y Joseph Tulchin, Caracas, INVESP/Ed. Nueva Sociedad, 1994, pp. 215-234.

tambores, herencia africana, instrumento de comunicación conspirativa y de relajamiento espiritual, marcan el ritmo de esa música que «llevamos por dentro» y que nos unifica. Aparte de la raíz africana de la música popular,<sup>54</sup> están la popularidad y adopción local del *calypso* trinitario, del *reggae* jamaicano y de la «salsa» cubano-puertorriqueña por toda la región. Esta última –así como el «bolero» del Gran Caribe hispano y el «merengue» dominico-haitiano– muestra sincretismos supranacionales que podrían llevarnos de una cultura compartida a una cultura común. **C**

54 Kenneth M. Bilby: «The Caribbean as a Musical Region», en *Caribbean Contours*, eds. Mintz y Price, pp. 181-218.



Khustin Tornés